

SINERGIA ESPIRITUAL



OSVALDO REBOLLEDA

SINERGIA ESPIRITUAL



OSVALDO REBOLLEDA

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica - **IA**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción.....	5
Capítulo uno:	
Sinergia Divina.....	10
Capítulo dos:	
Sinergia Humana.....	22
Capítulo tres:	
Sinergia Bíblica.....	37
Capítulo cuatro:	
La Iglesia como cuerpo sinérgico.....	51
Capítulo cinco:	
Enemigos de la sinergia en la Iglesia.....	66
Capítulo seis:	
Liderazgo Eficiente.....	78

Capítulo siete:

Herramientas para la sinergia final.....88

Epílogo.....102

Reconocimientos.....111

Sobre el autor.....113



INTRODUCCIÓN

“Siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo, de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor.”

Efesios 4:15 y 16

La palabra sinergia proviene del griego “*syn-ergos*”, que significa literalmente “trabajar juntos”. Aunque en el ámbito secular se utiliza para describir la cooperación entre dos fuerzas que, al unirse, producen un efecto mayor al que lograrían por separado, este principio encuentra en la Biblia su raíz más profunda y su expresión más sublime.

La sinergia espiritual no es simplemente la suma de esfuerzos humanos, sino el resultado de la acción conjunta de Dios y su pueblo, y del pueblo de Dios trabajando en unidad bajo la dirección del Espíritu Santo. Es un misterio divino: cuando los hijos de Dios se unen en propósito, el cielo se abre, la gracia fluye y lo imposible se hace posible.

La historia bíblica nos muestra que, siempre que los hombres caminaron juntos bajo la dirección divina, se abrieron nuevas dimensiones de victoria y propósito. Moisés no pudo sostener sus manos en alto sin la ayuda de Aarón y

Hur, y la batalla habría sido perdida si hubiera dependido únicamente de su propia fuerza (**Éxodo 17:12**).

Nehemías no reconstruyó Jerusalén solo, sino que inspiró a todo un pueblo a levantar muros en tiempo récord, porque *“el pueblo tuvo ánimo para trabajar”* (**Nehemías 4:6**). Los discípulos, temerosos y divididos tras la muerte del Maestro, se transformaron en testigos poderosos cuando estuvieron unánimes, perseverando en oración y ruego (**Hechos 1:14**). En Pentecostés, la sinergia del Espíritu y la unidad de los creyentes encendieron la chispa que dio origen a la Iglesia.

En contraste, la falta de sinergia siempre trajo confusión y derrota, así como la sinergia para lo malo siempre causó rebeliones contra Dios. Por ejemplo: La torre de Babel, aunque demostraba un esfuerzo humano colectivo, no estaba dirigida por el Espíritu de Dios, sino por la soberbia de los hombres; lo que parecía cooperación se transformó en división, y lo que parecía poder se transformó en un verdadero problema (**Génesis 11:6 al 9**).

En los días de los jueces, cuando la Palabra dice que: *“Que no había rey y cada uno hacía lo que bien le parecía”* (**Jueces 21:25**), el pueblo vivía en decadencia y opresión total. La fragmentación es, entonces, el enemigo natural del plan de Dios. Allí donde no hay unidad en el Espíritu, lo que debería multiplicarse termina disolviéndose en nada.

La sinergia espiritual en la Iglesia, no consiste únicamente en la colaboración externa, en coordinar programas o actividades; es, ante todo, una disposición del corazón para reconocer que el hermano no es un competidor, sino un complemento.

Es comprender que la mano no puede decir al pie: “*No te necesito*” (1 Corintios 12:21), porque todos formamos parte de un mismo cuerpo: el cuerpo de Cristo. Cuando la Iglesia entiende esto, abandona el espíritu de rivalidad y adopta la humildad de Cristo, quien lavó los pies de sus discípulos para enseñar que el verdadero liderazgo es servicio, y que el verdadero poder se manifiesta en la comunión.

El mundo actual vive una paradoja: por un lado, la globalización y la tecnología han conectado a las personas como nunca antes en la historia; pero por otro, el individualismo, la competencia y la fragmentación espiritual parecen crecer a un ritmo alarmante. Muchas veces, las iglesias luchan más entre sí que contra las fuerzas de las tinieblas.

Los ministerios se desgastan tratando de probar su relevancia, en lugar de sumarse al plan común de Dios. En este contexto, hablar de sinergia espiritual no es una opción decorativa, sino una urgencia profética. La Iglesia necesita redescubrir el poder de trabajar en unidad bajo la unción del Espíritu Santo.

Jesús mismo oró con fervor por esta realidad: ***“Padre, que todos sean uno, como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti; que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste”*** (Juan 17:21). La credibilidad de la Iglesia ante el mundo depende, en gran parte, de su capacidad para vivir en sinergia. No se trata solo de eficiencia, sino de testimonio: la unidad de los creyentes es la prueba visible de la obra invisible de Dios. Allí donde hay amor, servicio mutuo, coordinación de dones y sumisión al Espíritu, el mundo ve reflejado el rostro de Cristo.

Cuando la Iglesia opera en sinergia espiritual, la matemática de Dios se manifiesta. El profeta lo dijo con claridad: ***“¿Cómo podría perseguir uno a mil, y dos hacer huir a diez mil, si su Roca no los hubiera vendido, y Jehová no los hubiera entregado?”*** (Deuteronomio 32:30). La lógica humana diría que uno hace huir a mil, y dos, a dos mil. Pero en el Reino de Dios, la unión en el Espíritu no produce adición, sino multiplicación exponencial. La sinergia espiritual rompe los cálculos humanos porque introduce en la ecuación la intervención divina.

El llamado de este libro es precisamente a recuperar esta visión. No se trata solo de reflexionar sobre un concepto, sino de permitir que el Espíritu Santo nos confronte, nos redireccione y nos enseñe a vivir en una comunión más profunda con Dios y con nuestros hermanos. Cada capítulo será un viaje a través de las Escrituras, observando ejemplos de sinergia divina y humana, descubriendo los peligros de la

división, y proponiendo herramientas prácticas para cultivar esa fuerza transformadora en nuestras comunidades hoy.

La sinergia espiritual es, en última instancia, un anticipo del Reino eterno, donde redimidos de toda tribu, lengua, pueblo y nación levantarán una sola voz para exaltar al Cordero (**Apocalipsis 7:9 y 10**). Allí no habrá competencia ni celos, sino la plenitud de la unidad. Pero ese futuro glorioso no está destinado únicamente al mañana: es un llamado presente. La Iglesia de Cristo está invitada a vivir ya en esa dimensión, para que el mundo pueda ver, a través de nuestra comunión, que el Evangelio es real y poderoso.

Este es el desafío de nuestro tiempo: abandonar la mentalidad fragmentada y abrazar el propósito eterno de Dios en unidad. Porque solos podemos avanzar un trecho, pero juntos, en Cristo y por el Espíritu, podemos conquistar lo imposible. Ese es el misterio y la belleza de la sinergia espiritual.

“La sabiduría que desciende del cielo es ante todo pura, y además pacífica, bondadosa, dócil, llena de compasión y de buenos frutos, imparcial y sincera.”

Santiago 3:17



Capítulo uno

SINERGIA DIVINA

“Nuestro Dios y nuestro rey, ¡qué grande eres en toda la tierra! ¡Tu grandeza está por encima de los cielos más altos!”

Salmo 8:1 (BLS)

Desde la eternidad, antes de que los cielos fueran extendidos y las estrellas encendidas en el firmamento, el misterio de la Trinidad operaba en perfecta sinergia. Padre, Hijo y Espíritu Santo no solo coexistieron en una unidad indescriptible, sino que trabajaron en armonía perfecta en el diseño y cumplimiento del plan divino.

Esta sinergia nunca fue una asociación momentánea ni una alianza pasajera, sino la expresión eterna de la comunión divina en acción. Allí, en el seno de la eternidad, se gestaba todo lo que sería, y cada intervención de Dios en la historia ha revelado esa cooperación trinitaria que se mueve como una danza sagrada, en la cual no hay competencia, sino una gloriosa unidad de propósito.

Al mirar la creación, descubrimos que la sinergia divina no es un concepto abstracto, sino un hecho palpable. La Escritura declara: ***“En el principio creó Dios los cielos y la tierra”*** (Génesis 1:1), y en ese acto creativo estaba presente la totalidad de la Trinidad.

En el diseño del hombre vemos reflejada esa cooperación eterna: ***“Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza”*** (Génesis 1:26). Incluso, en algunas traducciones como la NBLH (Nueva Biblia de los Hispanos), se incluyen entre paréntesis los nombres de las tres personas de la Trinidad, aludiendo a la interpretación histórica de que esta forma plural hagamos se refiere al diálogo intertrinitario.

El Padre ordenó; el Hijo, quien es el Verbo eterno, ejecutó; y el Espíritu Santo se movió sobre la faz de las aguas, dando forma y sosteniendo la vida. El apóstol Juan confirma esta verdad al afirmar que ***“todas las cosas por Él fueron hechas, y sin Él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho”*** (Juan 1:3).

El Espíritu, como viento creador, incubaba la tierra aún informe, y el Hijo, Palabra viva, daba existencia a lo que el Padre había concebido en su eterno designio. Desde el inicio, la historia humana está marcada por esta colaboración divina que nos enseña que la verdadera obra de Dios siempre es fruto de la unidad, nunca de la división.

Más adelante, en la época de los patriarcas, podemos vislumbrar la misma dinámica. Abraham recibe la promesa del Padre que lo llama a salir de su tierra y lo convierte en padre de multitudes. Pero esa promesa estaba anclada en Cristo, la descendencia por la cual serían benditas todas las naciones de la tierra. El Espíritu aparece fortaleciendo la fe del patriarca, renovando su esperanza aun cuando su cuerpo ya estaba como muerto y la matriz de Sara estéril.

La sinergia divina se revela aquí en un proceso de fe y cumplimiento, donde lo imposible para los hombres se convierte en posible porque la Trinidad actúa unida en favor del propósito eterno. Jacob, en sus visiones nocturnas, contempló la escalera que unía cielo y tierra, figura de Cristo como mediador, y fue sostenido por el Espíritu que lo transformó de suplantador en Israel, príncipe de Dios.

Cada promesa dada a los patriarcas no fue un capricho aislado del Padre, sino una palabra trinitaria que encontraba su cumplimiento en el Hijo y su confirmación por el Espíritu. Incluso, aunque no todas las manifestaciones pueden identificarse como cristofanías indiscutibles en el Antiguo Testamento, cada teofanía en la que Dios adoptó forma humana para hablar con los patriarcas prefiguró la encarnación, donde Dios tomó forma de hombre para vivir entre nosotros como Emanuel, “Dios con nosotros” (**Mateo 1:23**).

En el tiempo de la liberación de Israel, cuando Moisés fue levantado como libertador, también vemos la sinergia

divina en acción. El Padre escucha el clamor de su pueblo esclavizado y decide intervenir. El Hijo, que más tarde sería el Cordero de la Pascua, se anticipó en la sombra de aquel sacrificio que libró a Israel del juicio de Egipto. El Espíritu se manifestó en las señales y prodigios, en la nube y en la columna de fuego que guiaron al pueblo día y noche.

La liberación de Israel no fue solo una hazaña política o un movimiento social; fue la obra trinitaria moviéndose en perfecta coordinación para mostrar que Dios salva en comunión consigo mismo. Aun en la entrega de la Ley encontramos al Padre revelando su carácter santo, al Hijo anticipado como la Roca que seguía al pueblo y les daba agua, y al Espíritu sosteniendo al pueblo en medio de la travesía, capacitándolos para caminar en obediencia.

Al llegar a la conquista de la tierra, la sinergia divina vuelve a hacerse evidente. El Padre entrega la tierra prometida, el Hijo se manifiesta como el Príncipe del ejército de Jehová que se le aparece a Josué, y el Espíritu fortalece los corazones del pueblo para no temer frente a gigantes y murallas imposibles de derribar.

La toma de Jericó, con trompetas y obediencia, no es más que un testimonio de que, cuando el pueblo camina en la sinergia de Dios, la victoria es inevitable. No se trataba de espadas humanas ni de estrategias militares, sino del poder de un Dios trino que actúa en concordancia para mostrar su gloria.

Lo que vemos en la historia de Israel es un anticipo de la realidad eterna: la Trinidad siempre ha trabajado en unidad, y cuando Su pueblo entra en alineación con esa unidad, los imposibles se derrumban y lo prometido se cumple.

Con la entrada del pueblo en la tierra prometida, Israel comenzó un período complejo y desafiante: el tiempo de los jueces. Aquí, la sinergia divina vuelve a hacerse evidente, aunque muchas veces el pueblo, en su rebeldía, se apartaba del Señor. Cada vez que Israel caía en la idolatría y sufría la opresión de sus enemigos, el Padre mostraba Su misericordia levantando libertadores.

El Hijo, en forma anticipada, se revelaba como el verdadero Libertador que vendría, mientras que el Espíritu descendía sobre hombres y mujeres comunes, capacitándolos sobrenaturalmente para cumplir la misión. Jueces como Otoniel, Aod, Samgar, Débora, Gedeón, Tola, Jaír, Jefté, Ibzán, Elón, Abdón y Sansón no hubieran podido alcanzar victorias sin esa acción conjunta del Espíritu que los revestía de poder, en cumplimiento del plan del Padre y en anticipación a la obra redentora de Cristo.

Aunque el libro de los Jueces termina con la frase desoladora: ***“En aquellos días no había rey en Israel; cada uno hacía lo que bien le parecía”*** (Jueces 21:25), aún en esa oscuridad brillaba la sinergia divina, recordándonos que Dios nunca deja de obrar, aun en medio del caos humano.

Luego, al establecerse la monarquía, la acción trinitaria se despliega en nuevas formas. El Padre escoge reyes para guiar a Su pueblo, el Hijo se revela como la promesa de un Reino eterno que vendría de la descendencia de David, y el Espíritu unge a los escogidos para gobernar.

Saúl experimentó, al inicio, la transformación por el Espíritu, aunque luego lo rechazó. David, en cambio, es el prototipo del rey según el corazón de Dios: ungido por el Espíritu, sostenido por la promesa del Padre y proyectado hacia el Hijo, de quien sería antecesor.

En los salmos inspirados, David canta realidades trinitarias, hablando del Señor como su Pastor, anticipando al Hijo como el Rey entronizado y clamando al Espíritu para no ser desechado de Su presencia.

La historia de los reyes de Israel, con sus luces y sombras, nos muestra que cuando el pueblo y sus líderes se alineaban con la sinergia divina, había prosperidad; pero cuando se resistían a ella, sobrevenía la ruina. El Reino de Dios no avanza por la fuerza humana, sino por la unión inseparable de la obra del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Esta línea de acción alcanza su plenitud en la época de Jesús. Aquí, la sinergia divina deja de ser una sombra y se convierte en la más gloriosa manifestación de la comunión trinitaria. El Padre envía al Hijo a encarnar como hombre, empoderado por el Espíritu Santo.

“Después de ser bautizado, Jesús salió del agua inmediatamente; y los cielos se abrieron en ese momento, y él (Juan) vio al Espíritu de Dios que descendía como una paloma y venía sobre Él. Y se oyó una voz de los cielos que decía: 'Este es Mi Hijo amado, en quien Me he complacido.'”

Mateo 3:16 y 17

La encarnación misma es fruto de esa cooperación: el Espíritu Santo cubre con Su sombra a María, el Hijo se hace carne en su vientre y el Padre proclama desde los cielos que aquel Niño es su Hijo amado. Desde el bautismo en el Jordán hasta la cruz del Calvario, Jesús camina en obediencia al Padre, ungido por el Espíritu Santo para predicar, sanar, liberar y anunciar el Reino. Cada milagro es un testimonio de la sinergia divina: el Padre aprobando, el Hijo actuando, el Espíritu Santo capacitando.

En Getsemaní, cuando el Hijo se entrega al plan eterno, la sinergia trinitaria alcanza su punto culminante. No fue un plan improvisado, sino el acuerdo eterno de la Trinidad: el Padre entregando, el Hijo obedeciendo y el Espíritu Santo fortaleciéndolo.

“¿Cuánto más la sangre de Cristo, quien por el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, purificará nuestra conciencia de obras muertas para servir al Dios vivo?”

Hebreos 9:14

En la cruz, Cristo consumó la redención, pero no lo hizo solo: lo hizo en plena comunión con el Padre y en el poder del Espíritu eterno. Y en la resurrección, esa sinergia resplandece con toda fuerza: el Padre resucita al Hijo, el Hijo retoma Su vida y el Espíritu vivifica Su cuerpo glorioso. Todo el evangelio es, en esencia, el relato de la sinergia divina operando para salvar a la humanidad.

“Pero si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el mismo que resucitó a Cristo Jesús de entre los muertos, también dará vida a vuestros cuerpos mortales por medio de su Espíritu que habita en vosotros.”

Romanos 8:11

Este misterio no es solo teológico, sino también profundamente práctico. Nos recuerda que la obra de Dios jamás se realiza de manera individualista, sino en plena comunión. La salvación no proviene de un acto aislado, sino de la perfecta cooperación del Padre que ama, del Hijo que se entrega y del Espíritu que aplica la obra redentora en nuestros corazones. Y si la Trinidad actúa así, ¿cómo podremos nosotros, como iglesia, pretender caminar solos, divididos o autosuficientes? La sinergia divina debe ser nuestro modelo, nuestra inspiración y nuestro llamado.

Con la ascensión de Cristo y la venida del Espíritu Santo en Pentecostés, la sinergia divina se abre paso de manera nueva y gloriosa en la historia. La iglesia nace como fruto de la acción conjunta del Padre que envía, del Hijo que

intercede y del Espíritu que capacita. Pentecostés no fue un evento aislado ni un simple derramamiento emotivo; fue la consumación de la promesa eterna, en la cual la Trinidad se manifiesta en favor de la humanidad redimida.

El Padre derrama el Espíritu Santo prometido, el Hijo glorificado envía desde su trono la plenitud del Espíritu, y el Espíritu mismo llena a los discípulos, capacitándolos para dar testimonio hasta lo último de la tierra (**Hechos 2:4**).

La iglesia primitiva vivió en esa sinergia. No tenían recursos materiales extraordinarios ni estructuras de poder humano, pero poseían la comunión trinitaria que los sostenía. Cada oración elevada al Padre, cada predicación del Hijo resucitado, cada manifestación del Espíritu en señales y milagros, era prueba de que Dios actuaba en unidad consigo mismo. Por eso, la iglesia crecía a pesar de la persecución, y la Palabra se expandía con autoridad, porque no se trataba de la fuerza de los hombres, sino de la obra conjunta del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

A lo largo de los siglos, la historia de la Iglesia ha sido un testimonio constante de esta sinergia divina. Cuando la iglesia se ha alineado con la acción trinitaria, el evangelio ha brillado con poder, transformando culturas, levantando a los oprimidos y trayendo libertad y esperanza.

Pero cuando la Iglesia ha olvidado la sinergia divina y ha confiado en estrategias humanas o en estructuras vacías, ha caído en oscuridad, división y esterilidad. La gran lección

es clara: así como el Padre, el Hijo y el Espíritu jamás actúan en aislamiento, tampoco la Iglesia puede vivir en independencia de la comunión divina.

Hoy más que nunca, en medio de un mundo fragmentado, la Iglesia está llamada a ser testigo de la unidad divina. La sinergia del Padre, del Hijo y del Espíritu no solo es un misterio para contemplar, sino un modelo para imitar.

Cada congregación que vive en amor, en servicio mutuo y en obediencia a la Palabra se convierte en un reflejo de la Trinidad. La misión no se cumple con esfuerzos individuales, sino en la comunión del Espíritu Santo, proclamando a Cristo para la gloria del Padre. Así como la Trinidad trabaja en perfecta coordinación, la iglesia está llamada a moverse en la unidad del Espíritu, siguiendo al Hijo, para la gloria del Padre.

Pero la sinergia divina no se limita al pasado ni al presente; su clímax aún está por manifestarse. El regreso del Señor será la máxima expresión de esta obra conjunta. El Padre ha establecido el día y la hora que nadie conoce; el Hijo vendrá en gloria y majestad, y el Espíritu prepara a la Esposa, purificándola y santificándola para el encuentro final.

Toda la historia de la redención avanza hacia ese momento en que la sinergia divina alcanzará Su plenitud: cielos nuevos y tierra nueva, la Jerusalén celestial descendiendo adornada como novia, y el tabernáculo de Dios con los hombres. Desde entonces, no habrá más llanto, ni

dolor, ni muerte, porque la Trinidad habrá consumado Su propósito eterno.

La iglesia, mientras tanto, camina en esperanza. El Espíritu nos recuerda las palabras del Hijo, el Hijo nos dirige al Padre, y el Padre nos sostiene en su amor eterno. La sinergia divina es nuestra seguridad, nuestra fortaleza y nuestra meta.

No estamos solos en la historia ni abandonados a nuestras fuerzas. Así como en la creación, en los patriarcas, en el éxodo, en los jueces, en los reyes y en la obra de Cristo, hoy también la Trinidad sigue obrando en perfecta unidad, y esa acción nos impulsa a perseverar, a mantenernos firmes y a vivir en santidad y amor.

Por eso, amada Iglesia, el llamado es claro: entremos en la sinergia divina. No resistamos al Espíritu, no ignoremos al Hijo, no olvidemos al Padre. Seamos colaboradores de Dios, participando de Su comunión eterna y reflejando en la tierra la unidad celestial.

Así como los muros de Jericó cayeron ante un pueblo unido en obediencia, así también las murallas de incredulidad, de pecado y de oscuridad en nuestra generación, caerán cuando nos alineemos con la acción del Padre, del Hijo y del Espíritu. Que cada oración sea un eco de la voz del Hijo al Padre, que cada obra de amor sea un fruto del Espíritu Santo, y que toda nuestra vida sea para la

gloria de aquel que vive y reina eternamente en perfecta unidad.

El día se acerca, y pronto veremos al Rey en su hermosura. Entonces comprenderemos plenamente lo que ahora solo intuimos: que toda la historia, todo el plan y toda la eternidad se sostienen en esta gloriosa verdad: la sinergia divina de un Dios que es Padre, Hijo y Espíritu Santo, uno en esencia, perfecto en amor y eterno en propósito.

Vivamos, pues, en esa comunión, para que el mundo crea, para que la iglesia resplandezca y para que, cuando Cristo vuelva, seamos hallados en unidad, preparados para participar de la eterna danza trinitaria en la gloria sin fin.

“La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros.”

2 Corintios 13:14



Capítulo dos

SINERGIA HUMANA

“Y Dios creó al ser humano a su imagen; lo creó a imagen de Dios; hombre y mujer los creó.”

Génesis 1:27

La sinergia es un trabajo o un esfuerzo para realizar una tarea compleja y alcanzar el éxito al final. Es el momento en que el todo es mayor que la suma de las partes; por tanto, existe un rendimiento superior o una mayor efectividad que si se actúa por separado.

El concepto de sinergia surgió por primera vez en el ámbito religioso, tal como lo establecía Pablo en sus epístolas: es el resultado del trabajo entre el hombre y Dios. Solo en 1925, el término se utilizó en un contexto no teológico, con la teoría general de sistemas propuesta por el biólogo alemán Ludwig von Bertalanffy, ya que un sistema consiste básicamente en un conjunto de elementos que se relacionan entre sí con el fin de lograr uno o más objetivos.

La sinergia ocurre cuando dos objetos, o incluso dos personas, actúan de la misma manera para conseguir un

objetivo determinado. Este término también se aplica a parejas y a diferentes niveles de amistad, donde las personas se esfuerzan por mantener la relación y ambas partes participan activamente.

Asimismo, el término sinergia puede emplearse en una comunidad o sociedad, en el ámbito laboral, en el hogar y en otros contextos. El desarrollo y el esfuerzo del individuo para conseguir un objetivo pueden medirse por la sinergia existente, pues los resultados serán superiores a la suma de los efectos individuales.

Es decir, son las ventajas que se obtienen por el trabajo en equipo orientado a un mismo fin. Surge, entonces, la sinergia positiva si los elementos que componen el sistema están bien integrados; si, por el contrario, un grupo se encuentra desintegrado y sus miembros no aportan nada para alcanzar el éxito, se verifica la sinergia negativa.

Si observamos la historia de la humanidad, más allá de la rebelión espiritual y la falta de comunión con Dios, encontramos que se ha tejido sobre la base de encuentros, de voces que se unieron y de manos que se entrelazaron en el esfuerzo conjunto, a veces para el beneficio común y otras veces para fines destructivos.

Desde el principio, el ser humano fue creado no para la soledad absoluta, sino para vivir en relación. Es por eso que Dios dijo: ***“No es bueno que el hombre esté solo”*** (Génesis 2:18). Este no fue solo un decreto sobre el

matrimonio, sino una declaración esencial de la naturaleza relacional de la vida humana. El ser humano encuentra plenitud en la comunión, en la capacidad de colaborar y en la sinergia que se produce cuando sus fuerzas y talentos no se desgastan en la competencia, sino que se suman en la cooperación.

La sinergia humana, en su forma más natural, se manifiesta en esa misteriosa ecuación donde la suma de los esfuerzos individuales siempre resulta menor que el fruto de la acción conjunta. Es como si el mismo Creador hubiese incrustado en el tejido de nuestra existencia una ley invisible que opera más allá de las intenciones.

Cuando los hombres trabajan juntos en armonía, el resultado supera la simple matemática. No se trata de uno más uno que da como resultado dos, sino de un uno más uno que abre la posibilidad de multiplicaciones insospechadas. Allí se despliegan la cooperación, la complementariedad y la unión de fuerzas en un propósito común.

El hogar es la primera escuela de sinergia. Allí, un esposo y una esposa, con temperamentos, dones y perspectivas distintas, aprenden a fundir sus vidas en un proyecto compartido. Cuando la unidad triunfa sobre el egoísmo, cuando la ternura sostiene el diálogo y cuando el perdón abre paso a la reconciliación, el resultado es mucho mayor que la suma de dos individuos.

Cuando nace una familia y persevera trabajando en unidad para su preservación, un núcleo de vida genética trasciende generaciones. Esa sinergia doméstica es un reflejo de lo divino, pues en el calor del hogar se gesta la primera experiencia comunitaria que dará forma a la sociedad entera. De hecho, una sociedad no puede ser mejor que las familias que la componen.

La sociedad misma es una sinfonía de colaboraciones buenas y malas. Ninguna ciudad puede crecer si cada uno busca solamente su interés. Las calles, los hospitales, las escuelas, los servicios básicos, la justicia y la seguridad son fruto de esfuerzos colectivos.

Allí donde la sinergia se quiebra, cuando la corrupción sustituye la cooperación y el egoísmo desplaza la solidaridad, la comunidad se fragmenta y los frutos se marchitan. La sinergia positiva, en cambio, eleva el nivel de convivencia, aporta bienestar y genera progreso que beneficia a todos.

Dentro de una misma ciudad conviven la opulencia más ostentosa y la miseria más dolorosa. Las desigualdades son tan patentes que sigue habiendo distritos donde la gente no tiene acceso a áreas verdes ni a oportunidades de progreso. Esto genera mentalidades difíciles de redimir. La desigualdad social no se hace patente solo en las diferencias salariales o el dispar acceso a la educación; también se refleja en la calidad de vida y las condiciones del entorno.

Las ciudades que habitamos muestran que las condiciones de vida de unos y otros pueden variar radicalmente, aun cuando nos separen apenas unos kilómetros. No es lo mismo despertar hacinado en un barrio donde gobierna el narcotráfico, que hacerlo en uno con seguridad, áreas verdes y parques para los niños.

Cuando una comunidad trabaja para mantener el orden, la higiene y la seguridad, puede lograr un avance extraordinario. Sin embargo, vemos barrios enteros que parecen no detectar estas necesidades. La mentalidad que adquieren los habitantes de zonas marginadas suele ser pasiva ante las necesidades.

He tenido la fortuna de viajar a varias naciones y conocer cientos de ciudades. En la mayoría, he visto barrios marginales o zonas de pobreza, suciedad y desorden. Incluso en algunos lugares, pareciera que existe un acuerdo tácito para mantener la suciedad comunitaria. Si tan solo trabajaran en unidad para limpiar y ordenar las calles, si se pusieran de acuerdo para arreglar, pintar y mejorar los barrios, todo cambiaría; pero no lo hacen porque están acostumbrados a vivir así.

Es lógico encontrar orden y pulcritud en barrios de gente de alto poder adquisitivo, donde todos trabajan para mantener la organización. Esto genera un gran contraste con los barrios marginados, donde el hacinamiento, la pobreza, el desorden y la suciedad son visibles en todas las calles. He podido observar personalmente el contraste entre barrios en

ciudades como Beverly Hills, donde el bienestar y el orden parecen exagerados, y lugares como las favelas de Río de Janeiro o las villas miserias del Gran Buenos Aires, donde la pobreza, la suciedad y el desorden parecen el resultado de un triste común acuerdo.

Uno no puede sentir más que empatía por la pobreza, pero también se puede apreciar lo que produce una mentalidad, más allá de una condición. Hay muchos barrios de gente trabajadora y humilde que han logrado el acuerdo y la sinergia para el orden comunitario. Una cosa es clara: cuando la gente se pone de acuerdo, se puede vivir mejor; cuando se pone de acuerdo para el desorden y la violencia, se puede vivir muy mal.

Hace un tiempo vi un video que mostraba una ciudad muy grande y pobre de la India. En ese documental, evidenciaban la falta de baños. No solo la mayoría de las familias carecía de un baño privado, sino que los baños comunitarios eran un tremendo desastre, y la mayoría de las personas hacía sus necesidades en la calle o en cualquier descampado.

Pregunto: ¿no creen que, si esa gente se pusiera de acuerdo y trabajara para construir baños dignos y cuidarlos, no vivirían mejor? ¿Acaso alguien podría afirmar que miles y miles de personas no podrían lograrlo? Nuevamente, me podrán decir que son personas afectadas por la pobreza, pero una cosa es evidente a través de la historia de la humanidad: La sinergia positiva puede cambiarlo todo, así como la

sinergia negativa puede ser absolutamente perversa y degradante.

En esas mismas comunidades, mostraban cómo la gente salía a la puerta de su casa y tiraba la basura en la calle. Todos los ríos estaban contaminados con toneladas de residuos, y se veía a los niños jugando entre la basura mientras los mayores recogían lo que podían comer, o vender para el reciclaje. Esto es muy triste, y demuestra lo destructivo que puede ser el efecto de la pobreza; por eso las tinieblas infectan la sinergia humana para degradar a las personas y sostenerlas en ámbitos de oscuridad, sin la posibilidad de cambiar estas situaciones.

Las estadísticas indican que millones de niños sufren desnutrición en el mundo: cada año, 45 millones de niños pequeños son afectados por desnutrición severa, y se estima que 149 millones presentan retraso en el crecimiento y desarrollo. Se calcula que esto afectará al menos a 670 millones de personas para 2030. La desnutrición contribuye a casi la mitad de las muertes de niños menores de cinco años. ¿No creen ustedes que, si la sinergia humana trabajara para cambiar esto, podría hacerlo fácilmente?

¿No creen que los seres humanos podrían cambiar esto, si pusieran tanto empeño en resolverlo como en construir armamentos para la guerra? ¿No creen que los mismos seres humanos que gastan miles y miles de millones en entretenimientos culturales y deportivos, no podrían redirigir recursos para terminar con el hambre de los niños?

¿En verdad creen que si los seres humanos trabajaran por el bien comunitario, habría necesidad de hacinamiento y pobreza extrema? Y por si alguien lo pensó, no me estoy refiriendo a un régimen de gobierno socialista que iguale hacia abajo, sacando a los ricos para darles a los pobres. No me estoy refiriendo a eso, estoy hablando de sinergia humana, sentido común, trabajo comunitario y amor al prójimo.

“¡Ay de los que juntan casa con casa y añaden campo a campo hasta que ya no quede lugar, y sean los únicos habitantes de la tierra! El Señor de los ejércitos me lo ha hecho saber: ciertamente muchas casas quedarán desiertas, y grandes y hermosas casas quedarán sin morador.”

Isaías 5:8 y 9

En lo laboral, la sinergia es igualmente indispensable. Una empresa, un taller o una oficina no prosperan por la genialidad de un solo individuo, sino por la articulación de múltiples talentos que se complementan. La historia de la humanidad nos ha dejado miles y miles de ejemplos claros respecto de lo que el hombre es capaz si se pone de acuerdo para trabajar y progresar.

El artesano que forja, el ingeniero que diseña, el maestro que enseña, el médico que cura, la policía que protege: todos ellos son engranajes de una maquinaria que avanza cuando hay coordinación y unidad. La historia de la humanidad demuestra que los grandes logros no fueron

producto de solitarios iluminados, sino de comunidades de hombres y mujeres que se atrevieron a sumar fuerzas.

Más allá de la esfera local, el mundo entero se ha visto impulsado por la sinergia entre pueblos. Los avances de la medicina, la exploración del espacio, la lucha contra enfermedades, el desarrollo de nuevas tecnologías y la construcción de tratados de paz son todos resultados de esa unión de esfuerzos.

Cuando las naciones comprenden que el enemigo no está en el prójimo, sino en la ignorancia, el hambre o la injusticia, la sinergia global se convierte en un motor de progreso humano. Pero cuando las naciones se encierran en la sinergia negativa de los conflictos, el egoísmo y la maldad, el mundo entero sufre y los avances se detienen.

La sinergia también brilla en la resolución de problemas. La humanidad enfrenta crisis periódicas: catástrofes naturales, pandemias, hambrunas, guerras y cambios climáticos. Ningún individuo o nación puede enfrentar solo estos flagelos.

Es allí donde la sinergia muestra su mayor esplendor: científicos compartiendo hallazgos, comunidades apoyando a los más débiles, iglesias uniendo sus manos en oración y servicio. En esas circunstancias, la suma de esfuerzos permite resistir lo que parece imposible y superar lo que parece definitivo.

Tristemente, la sinergia negativa suele ser lo que prevalece ante un mundo que opera bajo la influencia de las tinieblas (**1 Juan 5:19**). Cuando esto ocurre, los esfuerzos se suman para fines destructivos. Babel fue el primer ejemplo bíblico: una humanidad unida en orgullo, que utilizó la cooperación no para buscar a Dios, sino para erigir un monumento de rebelión y de exaltación a sí misma.

“Y descendió Jehová para ver la ciudad y la torre que edificaban los hijos de los hombres. Y dijo Jehová: He aquí, el pueblo es uno, y todos estos tienen un solo lenguaje; y han comenzado la obra, y nada les hará desistir ahora de lo que han pensado hacer. Ahora, pues, descendamos y confundamos allí su lengua, para que ninguno entienda el habla de su compañero.”

Génesis 11:5 al 7

El resultado fue confusión, dispersión y ruina. La historia ha repetido esa escena una y otra vez: sinergias bélicas que devastan pueblos, alianzas políticas que oprimen en lugar de liberar, pactos oscuros que explotan a los débiles, movimientos sociales que, en nombre de la libertad, promueven cadenas más profundas. La sinergia, sin la brújula de la verdad y de la justicia divina, se convierte en fuerza destructora.

De hecho, la Biblia muestra con claridad cómo los hombres también pueden unirse contra los propósitos de Dios, o Su sola existencia. No solo tenemos ejemplos como el de la torre de Babel, sino también muchísimos ejemplos en

los cuales vemos a pueblos enteros darle la espalda a Dios en la búsqueda de la falsa idolatría, el ocultismo y la maldad. Incluso hoy en día, podemos ver claramente el rechazo social a la verdad divina.

Los seres humanos parecen más dispuestos al acuerdo en pos del mal, que el trabajo en favor del bien común. En la época de Jesús, vemos que los fariseos y los saduceos, rivales ideológicos, olvidaron sus diferencias y se pusieron de acuerdo para confabular contra Cristo. Incluso Herodes y Pilato, enemigos naturales, se hicieron aliados el día en que condenaron al Hijo de Dios. Esto como si el enemigo operara en un principio revelado por el mismo Jesús: Que un reino dividido no puede prevalecer (**Marcos 3:24**).

Aquí surge una advertencia profunda: la sinergia es un poder que puede elevar o destruir. Es un regalo de Dios puesto en las manos de los hombres, pero que exige discernimiento. Allí donde los esfuerzos se orientan hacia la justicia, el amor y el servicio, la sinergia multiplica la vida. Pero cuando se concentran en la ambición, la violencia o la mentira, la sinergia multiplica la maldad y la muerte.

La luz espiritual del Reino representa la verdad, el conocimiento, el bien y la presencia de Dios, mientras que las tinieblas simbolizan la ignorancia, el pecado, el mal y la ausencia de Dios. Las tinieblas son la oscuridad moral que se opone a la luz divina, y cuando una familia, una comunidad o una nación permiten la operación del mal, lo que vemos es diabólicamente perverso. Por eso es tan importante que los

hijos de la Luz comprendamos la relevancia de activar y expandir la sinergia espiritual del Reino.

El mismo progreso humano, es una parábola de esta realidad. Hemos alcanzado niveles de confort, de comunicación y de desarrollo impensados hace siglos, gracias a la unión de talentos y descubrimientos. Sin embargo, también hemos construido armas capaces de borrar ciudades en segundos, sistemas de control que oprimen conciencias y estructuras de injusticia global que parecen inquebrantables. La sinergia humana es un don que puede ser redentor o destructor, según dónde y cómo se aplique.

Hace un tiempo vi la película Oppenheimer, que narra el trabajo del físico J. Robert Oppenheimer y el Proyecto Manhattan, el programa secreto de Estados Unidos para desarrollar el arma atómica utilizada durante la Segunda Guerra Mundial contra Hiroshima y Nagasaki. Esta película muestra claramente la sinergia de autoridades, científicos y militares para construir una bomba capaz de acabar con la vida de unas doscientas mil personas.

Entiendo que la intención era poner fin a la guerra, pero ¿a qué costo? También comprendo a quienes dicen que continuar la guerra habría generado un costo mayor, pero la película mostraba la gran celebración de la gente al concluir el proyecto. ¿Acaso se puede celebrar una sinergia humana tan perversa, como el invento de una bomba nuclear tan destructiva?

Las cosas no han cambiado mucho desde esa época: ahora hay al menos nueve naciones que poseen bombas mucho más potentes. Es decir, no se ha mejorado la estadística del hambre, pero sí se ha multiplicado exponencialmente el armamento militar de las naciones.

Por eso, el desafío espiritual para nosotros, como creyentes, es redimir la sinergia humana a la luz del Evangelio. La Iglesia, como cuerpo de Cristo, está llamada a mostrarle al mundo que la verdadera cooperación no consiste solo en trabajar juntos, sino en hacerlo bajo el gobierno del Espíritu Santo y en la dirección del amor.

Cuando cada miembro del cuerpo aporta lo que mejor sabe hacer, cuando la diversidad se convierte en fortaleza y cuando los dones se ponen al servicio de un propósito eterno, allí se manifiesta la sinergia que transforma no solo comunidades, sino destinos eternos.

El apóstol Pablo lo explicó con claridad en **1 Corintios 12**: el ojo no puede decirle a la mano “*no te necesito*”, ni la cabeza a los pies “*no tengo necesidad de vosotros*”. Cada parte es indispensable, cada función es necesaria, cada don es vital. La sinergia del cuerpo de Cristo es más que una estrategia: es una realidad espiritual que refleja la comunión trinitaria misma.

Tal vez algunos piensen que la Iglesia no tiene el potencial de cambiar situaciones como las que he mencionado, pero eso no es cierto. El poder de la Iglesia no

está vinculado al poder político ni militar. Su poder es espiritual, y si funcionáramos en verdadera comunión, en plena voluntad divina y dependientes de Su poder, veríamos lo que podríamos lograr hasta que nuestro Rey vuelva.

Por tanto, la exhortación es clara: en el hogar, cultivemos la sinergia del amor; en el trabajo, la sinergia de la excelencia; en la sociedad, la sinergia de la solidaridad; en las naciones, la sinergia de la paz. Evitemos la sinergia negativa de la codicia, la corrupción, la violencia y el orgullo, porque esas alianzas provienen de las tinieblas y jamás conducen a la vida. En cambio, orientemos nuestros esfuerzos hacia lo que glorifica a Dios y bendice a nuestro prójimo.

La sinergia humana es, en última instancia, un eco del diseño divino, pero usurpado por las tinieblas. Dios nos hizo seres relacionales para lo bueno, necesitados del otro, capaces de complementarnos en nuestras limitaciones y de multiplicar fuerzas en nuestras uniones. Cada vez que elegimos sumar y no dividir, servir y no dominar, perdonar y no vengarnos, estamos permitiendo que esa sinergia florezca como un reflejo del Reino en medio de la tierra.

Nuestras manos no deben unirse con la sinergia del mal, sino para edificar; que nuestras voces no se unan para la mentira, sino para proclamar la verdad; que nuestros esfuerzos no se unan para levantar torres de orgullo, sino para levantar altares de adoración al Dios vivo. Porque solo la

sinergia del Reino contiene el poder y la virtud para edificar un mundo mejor.

“Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén.”

Mateo 28:19 y 20



Capítulo tres

SINERGIA BÍBLICA

“Mejores son dos que uno; porque tienen mejor paga de su trabajo. Porque si cayeren, el uno levantará a su compañero; pero ¡ay del solo! que cuando cayere, no habrá segundo que lo levante. También si dos durmieren juntos, se calentarán mutuamente; más ¿cómo se calentará uno solo? Y si alguno prevaleciere contra uno, dos le resistirán; y cordón de tres dobleces no se rompe pronto.”

Eclesiastés 4:9 al 12

El relato bíblico, desde sus primeras páginas, nos enseña que la obra de Dios en la tierra nunca se lleva a cabo en solitario. El Señor, siendo todopoderoso, ha decidido obrar por medio de hombres y mujeres que, en obediencia, se conviertan en instrumentos de su propósito eterno. Pero lo más sorprendente es que, aun dentro de la fragilidad humana, Él revela el poder de la sinergia.

La unión de voluntades siempre ha sido clave para el propósito divino. Talentos y fuerzas bajo la dirección de Dios y el respaldo de Su poder son grandes ejemplos. A lo largo

de la historia de la redención, Dios no solo eligió individuos, sino que llamó a comunidades, familias y ejércitos a participar juntos en Su plan.

La Escritura nos invita a ver en cada relato antiguo no simples hazañas militares o proyectos de construcción, sino lecciones espirituales para la Iglesia de hoy, que también está llamada a vivir en unidad y cooperación bajo la guía del Espíritu Santo. En este capítulo, tomaré ejemplos del Antiguo Testamento, porque es necesario comprender que toda esta gente actuó desde pactos muy limitados en relación con lo que nosotros tenemos hoy. Si ellos pudieron, cuanto más nosotros.

Al abrir el Génesis, nos encontramos con la historia de Noé. No vemos a un hombre aislado en su fe, sino a alguien que supo transmitir la visión de Dios a su familia y caminar con ella en obediencia. El mandato de construir un arca de dimensiones colosales no era tarea para un solo hombre.

Era imposible que Noé, con sus propias manos, lograra levantar semejante embarcación que habría de flotar sobre las aguas del juicio. Fue necesaria la cooperación de sus hijos, quienes, compartiendo la fe de su padre, pusieron manos a la obra (**Génesis 6:9 al 22**).

La sinergia familiar se transformó en instrumento de salvación. Cada tabla colocada, cada clavo asegurado, cada golpe de martillo resonaba no solo en la madera, sino en la eternidad. La fe de Noé se volvió acción comunitaria, y la

obediencia se transmitió como herencia viva a la siguiente generación.

Aquí descubrimos una verdad esencial: la fe no se sostiene en solitario, sino que se fortalece en la cooperación. La familia de Noé se convirtió en un taller de fe, en el que todos contribuyeron al propósito de Dios. ¿No es acaso esta una lección urgente para la Iglesia actual?

Muchas veces concebimos la vida cristiana como una carrera individual, olvidando que Dios nos ha puesto en comunidad para construir juntos el arca de la salvación en medio de un mundo que se precipita al juicio. Cada creyente, cada familia, tiene una tarea en esta gran obra. Cuando los padres transmiten la visión de Dios a los hijos, cuando las generaciones se unen en fe y servicio, entonces la sinergia espiritual se manifiesta con poder.

Más adelante, en los días de Abraham, encontramos otro cuadro revelador de la sinergia bíblica. El patriarca, conocido por su altar y su obediencia, se ve envuelto en una guerra inesperada (**Génesis 14:1 al 16**). Su sobrino Lot había sido capturado por reyes poderosos, y Abraham, movido por el lazo familiar y por la justicia, se levanta para rescatarlo. Pero no lo hizo solo, sino que convocó a 318 siervos nacidos en su casa, hombres entrenados y dispuestos a luchar a su lado.

Con ellos emprendió una campaña que, humanamente, parecía destinada al fracaso. ¿Cómo podría un puñado de

hombres enfrentarse a coaliciones de reyes armados y victoriosos? Sin embargo, la coordinación, la disciplina y la confianza mutua se convirtieron en el secreto de la victoria.

El relato nos enseña que la sinergia de Abraham con sus siervos fue tanto estratégica como espiritual. No fue solo la espada lo que les dio el triunfo, sino la convicción de que estaban luchando por un propósito justo y bajo la bendición del Dios Altísimo. Aquí, la fe se expresa en forma de comunidad de batalla, en donde cada hombre sabía que su fuerza se multiplicaba al unirse con la de su hermano.

De esta escena surge una aplicación pastoral contundente: la Iglesia, en su lucha contra las tinieblas, no puede pretender avanzar con creyentes dispersos o con individuos aislados. Necesitamos ser un ejército coordinado, entrenado en la Palabra, guiado por el Espíritu Santo y dispuesto a luchar hombro a hombro. Así como los siervos de Abraham no peleaban por su propia causa, sino por la familia del patriarca, nosotros también estamos llamados a luchar por la salvación y restauración de muchos que han sido cautivos por el enemigo.

El tercer relato que nos ilustra este principio es el de Jericó, ciudad fortificada que representaba la primera gran prueba en la conquista de la tierra prometida (**Josué 6:1 al 21**). Josué y el pueblo de Israel recibieron una instrucción que parecía absurda desde el punto de vista militar: rodear la ciudad en silencio durante seis días, y al séptimo día marchar siete veces y luego gritar con todas sus fuerzas.

¿Cómo derribarían muros con simples trompetas y un grito? Pero aquí se revela la fuerza de la sinergia espiritual: la obediencia colectiva a un mandato divino. Nadie podía adelantarse, nadie podía desobedecer ni romper el silencio antes de tiempo. Era necesario caminar juntos, esperar juntos y gritar juntos.

El milagro ocurrió cuando el pueblo, en perfecta sincronía, levantó la voz al unísono. El clamor conjunto, unido al sonido de las trompetas, estremeció los cielos y derribó los muros de Jericó. No fue la fuerza de las manos humanas, sino la unión de la fe y la obediencia lo que abrió las puertas de la victoria.

Esta escena nos enseña que muchas veces la fortaleza del enemigo no cae por la acción brillante de un líder carismático ni por la astucia de unos pocos, sino por la obediencia común de un pueblo que cree y actúa en unidad. El grito de fe compartido tiene un poder que ningún esfuerzo aislado puede lograr.

Estos tres relatos nos muestran que la sinergia bíblica no es un detalle secundario, sino un principio vital en la obra de Dios. En Noé vemos a la familia unida en torno a la salvación; en Abraham, la comunidad entrenada en torno a la liberación; en Jericó, el pueblo entero obedeciendo en torno a la conquista. En todos los casos, se destaca la unidad de la fe en los diseños de Dios.

Tres escenarios distintos, una misma verdad: cuando el pueblo de Dios camina en unidad, el Cielo respalda la obra y los imposibles se vuelven posibles. Y si esto fue cierto en tiempos antiguos, ¿cuánto más lo será en la Iglesia de Cristo, que ha recibido al Espíritu Santo como vínculo de perfecta unidad?

El libro de los Jueces también nos presenta un episodio cargado de paradojas divinas: el llamado de Gedeón para liberar a Israel de la opresión madianita. Humanamente, lo lógico habría sido reunir el mayor ejército posible para enfrentar al enemigo. Sin embargo, Dios sorprendió reduciendo las filas de los combatientes de 32.000 a apenas 300 hombres (**Jueces 7:1 al 23**). El propósito divino era claro: la victoria no sería atribuida a la multitud ni a la fuerza humana, sino al poder del Señor que actúa en los que le obedecen.

Lo que llama la atención en esta historia no es solamente el número reducido, sino la sinergia con la que actuaron esos trescientos escogidos. Cada uno debía sostener una trompeta en una mano y un cántaro con una antorcha encendida en la otra. La victoria dependía de la sincronización perfecta: al mismo tiempo debían romper los cántaros, levantar las antorchas y tocar las trompetas, gritando: *“¡Por Jehová y por Gedeón!”*. El efecto psicológico fue devastador en el campamento enemigo, provocando confusión y pánico. Aquellos pocos, actuando en perfecta unidad de fe y obediencia, lograron lo que un gran ejército no hubiera podido.

Aquí entendemos que la sinergia espiritual no consiste en la cantidad de los que participan, sino en la calidad de la unidad con que se disponen. No se trató de un grupo disperso, cada uno haciendo lo que quería, sino de un pueblo pequeño que supo obedecer a una misma voz y moverse bajo una misma dirección.

En la Iglesia de hoy se requiere esa misma actitud: no es el tamaño de la congregación lo que determina su impacto en el Reino, sino la disposición de sus miembros a actuar en obediencia y coordinación bajo el liderazgo del Espíritu Santo. Trescientos que obedecen al Señor valen más que miles desorganizados, sin fe ni propósito.

Después de los jueces, la historia nos conduce a David, aquel pastor ungido que llegó a ser rey. Pero David no reinó solo ni conquistó el reino únicamente por su propia fuerza. A su lado estuvieron los célebres “valientes de David”, un grupo de hombres que lo acompañaron en las batallas, compartieron sus peligros y multiplicaron su fuerza.

La Escritura los describe con nombre propio y con hazañas memorables: uno que venció a ochocientos en una batalla, otro que defendió un campo de lentejas hasta que su mano se pegó a la espada, y otros que arriesgaron su vida para traer agua de un pozo en Belén, solo para honrar el deseo de su líder (**2 Samuel 23:8 al 23**).

Estos relatos no buscan exaltar el heroísmo individual, sino mostrar cómo la fidelidad y la valentía de unos hombres

comprometidos fortalecieron el propósito de Dios en la vida de David. Ninguno de ellos habría pasado a la historia de manera aislada, pero unidos al ungido de Jehová se convirtieron en parte esencial de la consolidación del reino. La sinergia de David con sus valientes no era meramente militar, sino espiritual: compartían una misma visión, estaban alineados con el propósito divino y eso multiplicaba su eficacia.

Hoy la Iglesia necesita levantar valientes espirituales que, unidos alrededor del liderazgo de Cristo, el Ungido por excelencia, estén dispuestos a luchar por la extensión del Reino. La sinergia del cuerpo de Cristo no se manifiesta solo en grandes eventos o en multitudinarias campañas, sino en la fidelidad diaria de hombres y mujeres que, con lealtad y entrega, deciden caminar juntos bajo una misma unción. Así como David necesitó a sus valientes, el Señor se ha complacido en necesitar de Su Iglesia para establecer Su Reino en la tierra.

El tercer ejemplo nos conduce al reinado de Josafat, en los días en que Judá fue amenazado por una coalición de moabitas y amonitas. El relato en **2 Crónicas 20** es uno de los pasajes más extraordinarios sobre sinergia espiritual. Frente a un enemigo numéricamente superior, Josafat convocó a todo el pueblo a ayunar y orar. La reacción del pueblo fue unánime: hombres, mujeres y niños se reunieron en Jerusalén para buscar el rostro del Señor. No fue un acto individual, sino comunitario; no fue un esfuerzo humano aislado, sino una sinergia de clamor y adoración.

Cuando el Espíritu de Dios vino sobre Jahaziel y profetizó que la batalla no sería de ellos, sino del Señor, la sinergia alcanzó su punto ideal: todo el pueblo se postró en tierra adorando, mientras los levitas se levantaban para alabar en alta voz. Al día siguiente, la estrategia de Josafat fue sorprendente: en lugar de colocar al frente a los soldados más fuertes, dispuso que marchara el coro, entonando cánticos de alabanza al Señor. Aquella decisión de fe fue respaldada por Dios, quien sembró confusión entre los enemigos hasta que se destruyeron entre ellos mismos.

El resultado fue tan asombroso que el valle donde se libró la batalla fue llamado **“Beraca”**, que significa bendición. Allí, el pueblo no solo recogió el botín de guerra, sino que aprendió que la verdadera victoria se logra cuando la comunidad de los santos se une en adoración. La sinergia de voces levantadas en gratitud y alabanza tiene un poder que supera a cualquier arma humana.

Este episodio nos enseña que la Iglesia no siempre gana sus batallas con estrategias humanas ni con la fuerza de la multitud, sino con la unidad en la adoración. Cuando el pueblo levanta su voz al unísono para exaltar al Señor, se desatan fuerzas espirituales que confunden al enemigo y abren camino a la victoria. El valle de “Beraca” es un recordatorio eterno de que la sinergia más poderosa que existe no es la de las armas ni la de los ejércitos, sino la de la adoración comunitaria.

Así, en Gedeón, en David y en Josafat, vemos tres rostros distintos de la sinergia bíblica: la obediencia sincronizada de un pequeño grupo que derrota a un enemigo poderoso; la lealtad y valentía de guerreros que fortalecen a su líder ungido; y la adoración comunitaria que se convierte en arma de guerra. Tres expresiones distintas, un mismo principio: el pueblo de Dios solo conquista, resiste y triunfa cuando camina en unidad.

Si avanzamos en la historia bíblica, llegamos a los días de Nehemías, un siervo de Dios profundamente conmovido al oír que los muros de Jerusalén estaban derribados y sus puertas quemadas (**Nehemías 2:17**). No se trataba simplemente de muros de piedra: era el símbolo de la identidad del pueblo, de su seguridad y de la gloria de Dios en medio de ellos. Un pueblo sin muros era un pueblo expuesto, vulnerable, sin defensa y sin honra. Nehemías entendió que la restauración física de la ciudad era inseparable de la restauración espiritual de la nación.

La visión del siervo de Dios fue compartida con la comunidad, y allí comenzó una de las más grandes demostraciones de sinergia en toda la Escritura. Cada familia, cada grupo, cada sacerdote tomó una porción del muro y se comprometió a restaurarla.

El libro de Nehemías nos muestra en detalle cómo se repartieron las tareas: algunos reparaban puertas, otros edificaban torres, otros se encargaban de tramos específicos frente a sus propias casas. Nadie podía decir: “Esto no me

corresponde”, porque cada piedra colocada era parte de una obra mayor que pertenecía a todos.

“Edificamos, pues, el muro, y toda la muralla fue terminada hasta la mitad de su altura; porque el pueblo tuvo ánimo para trabajar.”

Nehemías 4:6

Lo más admirable es que no era solo un trabajo físico, sino espiritual. La Escritura dice que los que edificaban lo hacían con una mano en la obra y con la otra sosteniendo la espada. Era un acto de sinergia entre fe y acción, entre trabajo y vigilancia, entre esfuerzo humano y confianza divina. Cada martillazo era un acto de esperanza, cada piedra colocada era una declaración de fe, cada tramo levantado era una expresión de unidad. Lo que parecía imposible en tan corto tiempo se volvió realidad porque el pueblo se unió bajo una visión común.

La sinergia en los días de Nehemías nos enseña que la restauración de los muros espirituales de la Iglesia no es tarea de unos pocos líderes, sino de todos los miembros del cuerpo. Cada creyente tiene una parte que levantar, un muro que restaurar, una brecha que cerrar.

Cuando una congregación entiende que todos son responsables de la edificación, y que nadie está exento de trabajar, entonces la obra de Dios avanza con rapidez y eficacia. El enemigo puede burlarse, como lo hicieron Tobías y Sanbalat, pero la sinergia de un pueblo unido en visión y

trabajo silencia las burlas y levanta la gloria de Dios en medio de la ciudad.

Al observar en conjunto los relatos de Noé, Abraham, Josué, Gedeón, David, Josafat y Nehemías, vemos que la Escritura nos conduce a una conclusión inevitable: la sinergia es un principio divino que atraviesa toda la historia de la redención. En cada época, en cada desafío, el pueblo de Dios alcanzó victorias y cumplió su propósito cuando actuó en unidad. No se trató nunca de la grandeza de un solo hombre, sino de la cooperación de muchos en torno a una visión celestial.

Y si esto fue así en el Antiguo Testamento, cuanto más en el presente, cuando la Iglesia ha recibido al Espíritu Santo, quien une a creyentes de toda lengua, pueblo y nación en un solo cuerpo. El llamado de la sinergia bíblica es un llamado actual: dejar de lado el individualismo, abandonar la competencia estéril y abrazar el privilegio de trabajar juntos en la obra del Reino.

En nuestros días, los muros espirituales que protegen la fe y la familia están siendo atacados y derribados. Vivimos tiempos en los que el enemigo busca dispersar, dividir y desanimar al pueblo de Dios. Ante ese panorama, la respuesta no está en líderes carismáticos aislados, sino en la comunidad de creyentes que, como en los días de Nehemías, se disponga a levantar piedra sobre piedra, hombro a hombro, muro tras muro.

El Señor espera de nosotros la misma disposición que mostró Israel en Jericó, gritando al unísono hasta que cayeron las murallas; la misma obediencia que mostraron los trescientos de Gedeón, rompiendo cántaros y levantando antorchas en sincronía; la misma lealtad que ofrecieron los valientes de David, arriesgando la vida por su rey; la misma fe que exhibió el pueblo en tiempos de Josafat, cantando juntos hasta transformar un valle de batalla en un valle de bendición.

La sinergia bíblica no es un concepto teórico, sino una necesidad espiritual. La Iglesia del Señor debe redescubrir la fuerza de la cooperación en la oración, en la adoración, en la predicación, en el servicio y en la misión. No somos islas independientes; somos un cuerpo, y un cuerpo solo puede ser eficaz cuando todos sus miembros trabajan de manera coordinada.

La exhortación es clara: debemos levantarnos y tomar nuestro lugar en la gran obra del Reino. No debemos mirar ningún muro como pequeño o insignificante, porque cada tramo es vital para la protección y el testimonio de la Iglesia. No debemos pensar que nuestra voz no cuenta, porque cada clamor suma en el grito de victoria que derriba murallas.

No debemos subestimar nuestro cántico, porque la adoración conjunta confunde al enemigo y abre el cielo sobre la tierra. La sinergia bíblica nos llama a unirnos, a multiplicar nuestras fuerzas, a caminar juntos en fe y obediencia, para que el nombre del Señor sea exaltado en esta generación.

Que el ejemplo de aquellos antiguos testigos nos inspire a vivir hoy con la misma pasión y unidad. Que la Iglesia sea el arca que preserva la vida en medio del juicio, el ejército que rescata a los cautivos, el pueblo que derriba murallas, los valientes que fortalecen a su Rey, la asamblea que canta en el valle de la batalla y la comunidad que restaura los muros de la fe. Y que, al final, podamos decir que no fuimos individuos dispersos, sino un pueblo unido en el Espíritu, caminando en perfecta sinergia bajo la bandera del Cordero de Gloria.

“Procuren mantener la unidad que proviene del Espíritu Santo, por medio de la paz que une a todos.”

Efesios 4:3 DHH



Capítulo cuatro

LA IGLESIA COMO CUERPO SINÉRGICO

“Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo. Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu.”

1 Corintios 12:12 y 13

La Iglesia no es una creación humana ni el fruto de una simple organización religiosa; es el diseño eterno de Dios, concebido en Su corazón antes de la fundación del mundo y manifestado en la historia a través de la obra redentora de Cristo.

Desde la eternidad, el Padre determinó formar un pueblo para sí mismo, una comunidad que llevara en sí la huella de Su gloria, la expresión de Su amor y la manifestación de Su Reino. Ese diseño divino no es fragmentado ni individualista, sino que descansa sobre la

profunda realidad de la unidad. Así como Dios es uno en esencia y trino en personas, así también la Iglesia fue pensada para vivir en la comunión de una diversidad que converge en la unidad.

El día de Pentecostés marca el inicio visible y dinámico de esa realidad. Allí, en Jerusalén, los discípulos estaban unánimes, perseverando en oración, aguardando la promesa del Padre. En ese contexto de obediencia y espera, el Espíritu Santo descendió con poder, llenando la casa y los corazones de todos.

Ese momento no fue un evento aislado, sino el acto fundacional de la Iglesia como cuerpo sinérgico. Cada uno fue lleno del mismo Espíritu, capacitado para dar testimonio y proclamar en distintos idiomas las maravillas de Dios.

Lo que allí aconteció reveló que la Iglesia no se sostiene en la fuerza de sus miembros, sino en la vida del Espíritu que los une y los impulsa. La sinergia de Pentecostés mostró que lo que el hombre no puede lograr por sí mismo, Dios lo realiza cuando Su pueblo permanece unido en Su presencia.

Unidos por la sangre del Cordero, los creyentes forman una familia que trasciende tiempos, culturas y fronteras. No es una unidad superficial ni sentimental, sino una realidad espiritual que brota del sacrificio de Cristo. Su sangre no solo nos limpió de pecado, sino que nos hizo miembros de un

mismo cuerpo, reconciliándonos con Dios y unos con otros. El apóstol Pablo lo expresa con claridad:

“Porque Él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación.”

Efesios 2:14

La sangre de Cristo no se limita a redimirnos individualmente, sino que nos incorpora a una nueva humanidad, unida en torno a la cruz y al trono del Cordero. Cada cristiano, dondequiera que se encuentre, está ligado por esa sangre a todos los redimidos, participando de una comunión que no depende de acuerdos humanos, sino del pacto eterno establecido en el Calvario.

Ser llenos del Espíritu significa más que experimentar dones o manifestaciones carismáticas; es vivir la vida misma de Dios en comunidad. La plenitud del Espíritu no se expresa en el aislamiento, sino en la edificación mutua, en el amor fraternal y en la disposición a servir.

El Espíritu Santo no divide, sino que congrega; no aísla, sino que enlaza; no exalta a un individuo por encima de los demás, sino que distribuye sus dones para que todos, en conjunto, podamos glorificar al Señor. Así, la Iglesia se convierte en un organismo vivo, donde cada miembro podemos recibir la gracia necesaria para aportar al bien común. La llenura del Espíritu es, en este sentido, la energía divina que activa la sinergia del cuerpo de Cristo,

permitiendo que lo imposible se haga posible cuando el pueblo de Dios camina unido en Su propósito.

La unidad de la Iglesia encuentra su fundamento más sólido en la oración sacerdotal de Jesús registrada en **Juan 17**. Allí, en la intimidad de aquella noche antes de ser entregado, el Señor eleva al Padre un clamor que trasciende el tiempo y alcanza a todos los que creerían en Él por la palabra de los apóstoles. Su petición no se centra en milagros ni en éxitos visibles, sino en la unidad de su pueblo:

“Para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste.”

Juan 17:21

Estas palabras revelan el corazón mismo de Cristo respecto a su Iglesia: la unidad no es un adorno opcional, sino el testimonio esencial que convence al mundo de la autenticidad del Evangelio. Algunas congregaciones procuran sistemas de trabajo para la evangelización, pero no consideran unirse con otros. Esto es un evidente error, porque al final pretenden cambiar el diseño de Dios por sistemas humanistas que ignoran este principio fundamental.

El clamor de Jesús en **Juan 17** claramente nos enseña que la unidad tiene un propósito misionero. Jesús no ora solamente *“para que sean uno”*, sino para que *“el mundo crea”*. La eficacia del testimonio cristiano no radica únicamente en argumentos apologeticos o en campañas

evangelísticas masivas, sino en la visibilidad de una comunidad transformada por el amor divino.

Cuando el mundo contempla a la Iglesia viviendo en unidad, experimenta una evidencia tangible de que el mensaje de la cruz es verdadero. La unidad, entonces, no es solo una bendición interna, sino un arma espiritual poderosa y un testimonio externo que abre puertas para que otros crean en la verdad manifestada.

Cuando yo era un joven evangelista, fui invitado a una ciudad de la provincia de Buenos Aires que, aún hoy en día, conserva una estación de tren muy popular, por la que diariamente transitan miles de personas. En aquel lugar se había establecido una iglesia muy hermosa, instalada en lo que tiempo atrás había sido un cine de gran importancia para la zona. El auditorio contaba además con un par de departamentos, por lo que me quedé alojado allí durante todo el fin de semana.

Mi tarea era enseñar durante tres noches, desde el viernes hasta el domingo. Sin embargo, el sábado por la mañana los hermanos del lugar me invitaron a evangelizar en la estación de tren. La idea me pareció excelente: el sitio estaba muy cerca y yo sabía que allí concurría una multitud impresionante de personas.

Los hermanos se prepararon con instrumentos musicales, equipos de sonido y, después de orar juntos, salimos con mucho entusiasmo. Al llegar al lugar

predicamos, dimos testimonio, repartimos tratados y ofrecimos oración por quienes tuvieran alguna necesidad. Pero lo que más me sorprendió fue que la gente pasaba frente a nosotros sin siquiera mirarnos, ni tan solo por curiosidad.

Me resultaba increíble: pasaban cientos de personas, pero nadie se detenía. Quienes recibían algún tratado, lo arrojaban como basura sin siquiera leerlo. Nadie prestaba atención, nadie aceptaba la oración, nadie mostraba interés. Solo un hombre, visiblemente alcoholizado, se paró frente a nosotros y comenzó a insultarnos, burlándose de todo lo que decíamos.

Lo sorprendente fue que los hermanos no parecían inmutarse ante lo ocurrido. Con cierta frustración, pero con la actitud de quienes cumplen una tarea por obligación, desconectaron los equipos y emprendimos el regreso a la iglesia. Nadie decía nada, como si todo estuviera bien. Pero en mi interior yo estaba profundamente impactado por lo que habíamos vivido.

Al llegar al templo, reuní a todos y les pregunté cuánto tiempo llevaban realizando esa tarea en la estación. Me respondieron que, desde que habían recibido el permiso, habían salido todos los sábados durante al menos tres años. Entonces les pregunté cuántas personas habían llegado a la iglesia a través de esa evangelización, y me dijeron que solamente una mujer... pero que ya no se congregaba más.

Ellos lo contaban con naturalidad, pero yo estaba horrorizado con lo que escuchaba. Entonces les pregunté si entre ellos había algún problema sin resolver. Uno a uno fueron bajando la vista con cierta vergüenza, y comenzaron a confesar que sí: tenían enojos, pleitos, celos, envidias, contiendas y hasta pecados ocultos.

Obviamente, los ministré y los exhorté al orden, haciéndoles ver que todo su trabajo evangelístico no daba fruto porque la sinergia espiritual demanda verdadera comunión. No se puede realizar un trabajo efectivo cuando el corazón está dividido o cargado de conflictos. La sinergia que viene del Espíritu Santo requiere unidad genuina.

Cuando esa unidad no está presente, el enemigo logra sus objetivos. Él no necesita aparecer vestido de rojo con un tridente en la mano; le basta con sembrar conflictos, envidias y falta de comunión espiritual entre nosotros. Con solo eso, nuestros esfuerzos se vuelven estériles, porque la sinergia espiritual no exige únicamente estar juntos, sino estar unánimes en el Espíritu.

En este contexto, la sinergia espiritual se convierte en una respuesta práctica a la oración de Cristo. Cada vez que un creyente decide amar, perdonar, servir y contribuir al crecimiento de sus hermanos, está dando cumplimiento a las palabras de Jesús en aquel Getsemaní.

La unidad no es un ideal abstracto, sino una realidad que se concreta en gestos cotidianos: compartir lo que se

tiene, escuchar con empatía, caminar junto al que tropieza, sostener al débil en la fe y celebrar las victorias de los demás como si fueran propias. En estas acciones simples y profundas, la sinergia del cuerpo se hace visible y el Reino de Dios se manifiesta en la tierra.

Por otra parte, la unidad a la que Jesús se refiere no es simplemente una uniformidad externa, sino una comunión espiritual que refleja la relación eterna entre el Padre y el Hijo. Así como en la Trinidad cada Persona es distinta, pero inseparable en esencia y propósito, de igual modo los creyentes, aunque diversos en dones, culturas y expresiones, participan de una misma vida y misión.

La Iglesia está llamada a ser un reflejo vivo de la comunión divina, mostrando al mundo que el amor de Dios es real porque puede unir lo que naturalmente estaría separado. De allí que la sinergia eclesial no dependa de acuerdos humanos frágiles, sino de la vida trinitaria que fluye a través del Espíritu en cada miembro.

“Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo.”

1 Corintios 12:12

El apóstol Pablo retoma esta verdad con la imagen del cuerpo en sus cartas a los corintios y a los romanos. Esta metáfora no es casual; es un recurso teológico profundo que expresa la interdependencia y la complementariedad que

deben caracterizar a los creyentes. De nuevo: El ojo no puede decir a la mano: “**No te necesito**”, ni la cabeza a los pies: “*No tengo necesidad de vosotros*”. Cada miembro es indispensable, cada función es vital, y la salud del todo depende de la cooperación de cada parte. La sinergia eclesial consiste en que la fuerza de todos, sumada y entrelazada, produce un resultado mayor que el esfuerzo aislado de cada individuo.

Esta visión nos recuerda que la Iglesia no puede reducirse a la suma de creyentes que asisten a un mismo lugar, sino que es un organismo vivo donde circula la misma sangre de Cristo y el mismo Espíritu de vida. En un cuerpo, los órganos no compiten entre sí, sino que cooperan para sostener la vida del todo.

De la misma manera, la verdadera espiritualidad no se manifiesta en rivalidades, sino en servicio; no se evidencia en la exaltación del yo, sino en la entrega al bien común. En la Iglesia sinérgica, la grandeza no se mide por la posición, sino por la disposición a ser canal de gracia para otros. El trabajo en unidad es clave para el avance del Reino.

El cuerpo de Cristo, por tanto, es una escuela de humildad y dependencia mutua. Ningún miembro puede vivir desconectado de los demás sin perder su función esencial. De la misma manera que una mano separada del cuerpo deja de tener sentido, así también el creyente aislado pierde su razón de ser.

El llamado de Dios es a permanecer ligados, alimentados por la misma vida que fluye desde la Cabeza, que es Cristo. En esa comunión, la diversidad deja de ser amenaza y se convierte en riqueza; las diferencias no son obstáculos, sino expresiones múltiples de la misma gracia. El milagro de la Iglesia radica en que hombres y mujeres tan distintos pueden vivir en un mismo Espíritu y caminar en un mismo propósito, haciendo posible lo que el mundo considera imposible.

La Iglesia, como cuerpo sinérgico, no solamente se constituye por la unidad espiritual que la sangre de Cristo y la presencia del Espíritu Santo otorgan, sino también por la dinámica activa de los ministerios, los dones, los talentos y las capacidades que Dios ha repartido soberanamente entre sus hijos.

Nadie ha sido llamado a vivir una fe estéril ni pasiva; cada creyente, desde el instante en que ha recibido la vida de Cristo, ha sido equipado con recursos espirituales y naturales que se integran al servicio de la comunidad. La gracia del Señor no se distribuye de manera homogénea, sino diversa; sin embargo, la diversidad no tiene como fin la dispersión, sino la complementariedad.

El apóstol Pablo lo explica con profundidad al hablar de los dones en **1 Corintios 12**: *“A cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho”*. La palabra clave aquí es “provecho”: lo que recibimos no nos pertenece

en exclusiva, sino que nos es confiado para bendecir a los demás.

La sinergia surge precisamente cuando cada don encuentra su lugar en el entramado del cuerpo, cuando lo que uno tiene suple la necesidad del otro, y cuando la suma de todos, en obediencia al Espíritu, produce un fruto mayor que el que cualquier miembro podría generar por sí solo. Así, la enseñanza encuentra sentido junto a la misericordia, la administración se enlaza con el servicio, la palabra profética se equilibra con la sabiduría y el discernimiento se completa con la fe. Lo mismo ocurre con los ministerios establecidos por Cristo como dones a la Iglesia:

“Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo.”

Efesios 4:11 y 12

Aquí se observa con claridad el propósito común: la edificación de todo el cuerpo. Ningún ministerio fue dado para la exaltación personal de quien lo ejerce, sino para preparar, capacitar y movilizar a la Iglesia hacia su madurez y su misión. La sinergia ministerial se manifiesta cuando los distintos ministerios, lejos de competir, cooperan en la edificación de los santos.

El apóstol fundamenta la meta: ***“Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo***

de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (Efesios 4:13). Es decir, el fin último de los dones y ministerios no es otro que la madurez de la Iglesia en Cristo, alcanzada a través de la unidad en la fe y el conocimiento.

La Iglesia también se nutre de talentos y capacidades naturales que, al ser puestos bajo la dirección del Espíritu Santo, se convierten en herramientas poderosas para la obra del Reino. Desde la creatividad artística hasta las destrezas técnicas, desde la habilidad para organizar hasta la capacidad para escuchar, todo encuentra su lugar en la sinergia del cuerpo.

Cuando Moisés levantó el tabernáculo en el desierto, Dios llenó a Bezaleel y a Aholiab de sabiduría, entendimiento y destreza para labrar el oro, la plata y el bronce, para cortar piedras preciosas y trabajar la madera (**Éxodo 31:1 al 5**). Esa misma dinámica sigue operando en la Iglesia: el Señor unge y capacita a sus hijos en múltiples áreas para que, unidas en un mismo propósito, reflejen la hermosura y la gloria de Su presencia.

En esta perspectiva, la misión de la Iglesia solo puede cumplirse desde la sinergia. El mandato de hacer discípulos a todas las naciones, de anunciar el Evangelio hasta lo último de la tierra y de ser testigos de Cristo en todo tiempo y lugar, no es tarea de individuos aislados, sino de un cuerpo que coopera en la fuerza del Espíritu.

La Iglesia es enviada como un pueblo unido, portador de un mensaje de reconciliación, encarnando la buena noticia de que en Cristo Dios estaba reconciliando al mundo consigo mismo. Cada miembro tiene un papel, cada don cumple su función, y cada ministerio impulsa el avance, pero es en la unidad donde la misión adquiere su verdadero poder.

La historia de la Iglesia confirma esta realidad. Allí donde el pueblo de Dios ha caminado en comunión, la luz del Evangelio ha brillado con mayor intensidad. Los avivamientos no surgieron de esfuerzos solitarios, sino de comunidades que oraron, trabajaron y testificaron juntas, reconociendo que la fuerza de uno se multiplica en la unión de todos.

La sinergia no es, por tanto, un concepto teórico, sino una fuerza viva que ha transformado naciones, levantado movimientos misioneros y sostenido generaciones de creyentes en medio de la adversidad.

Hoy, la Iglesia sigue siendo llamada a vivir en esa sinergia espiritual. El mundo, marcado por el individualismo, la competencia y la fragmentación, necesita contemplar una comunidad distinta: un cuerpo que, aunque diverso, late con un solo corazón; un pueblo que, aunque compuesto de muchas voces, entona una misma canción; una familia que, aunque extendida en todas las naciones, comparte un mismo Espíritu. Este testimonio de unidad es, al mismo tiempo, un acto de obediencia a la oración de Jesús y un arma poderosa contra las tinieblas.

La exhortación, entonces, es clara: cada creyente debe descubrir y ejercitar los dones que le han sido confiados; cada ministerio debe cooperar en la edificación del todo; y cada talento debe ponerse a los pies de Cristo para servir a la misión común.

No hay espacio para la pasividad ni para la indiferencia, porque el cuerpo necesita de cada miembro y la misión requiere de la participación de todos. El plan de Dios no se cumplirá con esfuerzos aislados, sino con la sinergia del pueblo redimido, lleno del Espíritu, unido por la sangre del Cordero y enviado con poder para transformar el mundo.

Así, la Iglesia como cuerpo sinérgico se levanta como la manifestación visible del Reino de Dios en la tierra, un testimonio vivo de la comunión trinitaria, una familia reconciliada en la cruz y un ejército espiritual que avanza en unidad hacia el cumplimiento de la gran comisión.

En esta visión, la sinergia no es un ideal lejano, sino una realidad que el Espíritu Santo hace posible día tras día, cuando los hijos de Dios deciden caminar juntos, con un mismo sentir, un mismo amor y un mismo propósito en Cristo Jesús.

“Hay un solo cuerpo y un solo Espíritu, así como también vosotros fuisteis llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, por todos y en todos. Pero a cada uno de nosotros se

*nos ha concedido la gracia conforme a la medida del don
de Cristo.”*
Efesios 4:4 al 7



Capítulo cinco

ENEMIGOS DE LA SINERGIA EN LA IGLESIA

“Os ruego, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer.”

1 Corintios 1:10

En el corazón de toda comunidad de fe, allí donde debería florecer la armonía y la cooperación, a menudo se ocultan semillas de discordia que brotan silenciosas, pero con gran fuerza destructiva.

Estas semillas son invisibles a simple vista: no se presentan con la arrogancia de un conflicto abierto ni con la rudeza de la confrontación; más bien se disfrazan con ropajes de aparente bondad y compromiso. Sin embargo, su raíz es profunda y venenosa: el pecado que habita en los corazones humanos y las motivaciones incorrectas que guían nuestras acciones.

Cuando el chisme se convierte en un arma, cuando la mentira se disfraza de prudencia o la crítica se disfraza de consejo, la unidad comienza a resquebrajarse. La palabra del apóstol Pablo se hace tangible: ***“Haced todo sin murmuraciones ni contiendas”*** (Filipenses 2:14).

Cada gesto, cada pensamiento no alineado con el amor de Cristo, actúa como una grieta silenciosa que debilita la estructura de la comunidad. No es la ausencia de talento ni de conocimiento lo que rompe la sinergia de la iglesia, sino el corazón que busca su propio interés y no el bienestar de los demás.

El servicio con motivaciones erróneas es uno de los enemigos más sutiles y difíciles de discernir. Alguien puede presentarse con el rostro de la devoción, entregando tiempo y esfuerzo, pero detrás de sus actos se esconde la ambición de reconocimiento, la envidia que mide los talentos ajenos con celos, o la búsqueda de gloria personal que se antepone al nombre de Cristo.

Estos impulsos, aunque disfrazados de servicio, producen desunión, erosionan la confianza y minan la capacidad de trabajar juntos por un propósito común. La Escritura nos recuerda que todo lo que hagamos debe ser ***“para la gloria de Dios”*** (1 Corintios 10:31), y cuando nos apartamos de este principio, la semilla de la división encuentra terreno fértil para crecer.

El pecado interno se manifiesta también en pequeñas actitudes cotidianas: la impaciencia con los errores de los demás, la crítica injusta que busca humillar y no corregir, la indiferencia frente al sufrimiento ajeno.

Cada uno de estos gestos, aunque parezca insignificante, es un ladrillo en la construcción de la división. Así, la unidad no se rompe de golpe, sino lentamente, como un cristal fino que se quiebra bajo presiones invisibles pero constantes. El verdadero enemigo de la sinergia no siempre es externo; con frecuencia es el reflejo de nuestra propia naturaleza caída, de la necesidad de ser reconocidos y valorados por sobre la comunidad y, lamentablemente, incluso por sobre Dios.

La reflexión teológica que debemos enfrentar es clara: la unidad no se logra solo con reglas externas ni con programas ministeriales. La sinergia genuina nace en el corazón, en la decisión diaria de rendir los propios deseos y ambiciones a Cristo, de servir con sinceridad, sin esperar recompensas humanas.

No hay cooperación verdadera donde el ego gobierna, ni hay complementariedad cuando el corazón está dividido. Por eso, el llamado a la introspección bajo la supervisión del Espíritu Santo es urgente: examinar nuestras motivaciones, confrontar nuestras sombras interiores y permitir que la gracia de Dios purifique nuestro espíritu.

Prácticamente, esto significa vivir una vida de examen diario, preguntándonos constantemente: ¿Por qué hago lo que hago? ¿Lo hago para servir a Cristo y a Su cuerpo, o para mi propio beneficio? Este acto de humildad, aunque sencillo, es poderoso. Es el inicio de la restauración de la unidad y la sinergia en la iglesia.

Cada miembro que se somete a este escrutinio interno se convierte en un canal de bendición, en un constructor de armonía, en un testimonio viviente de que la verdadera fuerza de la comunidad no reside en la cantidad de acciones visibles, sino en la pureza de las motivaciones que las impulsan.

En este punto, se hace evidente que el enemigo más peligroso de la unidad no siempre es quien confronta abiertamente o quien propaga falsedades, sino el pecado silencioso que habita en nuestros propios corazones. Es el susurro del ego, la atracción de la ambición y la envidia, la comodidad de buscar reconocimiento.

Solo al reconocer esta realidad, con humildad y valentía, podemos comenzar a construir una comunidad sana, donde cada acto de servicio fluya desde el amor genuino y cada interacción esté marcada por la intención de edificar y no de destruir.

Así, el primer paso hacia la sinergia espiritual no es organizar más actividades, crear más ministerios o buscar técnicas de liderazgo más eficaces. El primer paso es mirar hacia adentro, confrontar nuestras propias motivaciones y

permitir que Cristo purifique el corazón, porque solo un corazón limpio puede generar una comunidad limpia.

Cuando cada miembro aprende a servir sin buscar su propio provecho, cuando cada uno actúa con transparencia y entrega sincera, la iglesia comienza a reflejar el verdadero propósito de su existencia: glorificar a Dios y llevar el evangelio al mundo como un cuerpo unido, fuerte y armonioso.

La desunión, cuando no se reconoce y se combate en el corazón, pronto se refleja en actitudes visibles. El egoísmo, la codicia y la rivalidad son expresiones externas de lo que ya ha germinado en el interior. Allí donde el corazón se aferra a intereses personales, donde la mirada está puesta más en el propio beneficio que en el bien común, la comunidad empieza a resentir tensiones.

Cuando no permitimos el accionar del Espíritu Santo en nuestros corazones, la iglesia, que debería ser un lugar de refugio y crecimiento espiritual, se puede convertir en un terreno donde los conflictos silenciosos se multiplican y las relaciones se enredan en celos y competencia.

La competencia disfrazada de liderazgo o de entusiasmo ministerial puede tener una apariencia, inofensiva e incluso útil, pero bajo su superficie yace un peligro que divide: la comparación constante con los dones y logros de otros, la necesidad de sobresalir y de ser reconocido. En vez de colaborar, se confronta; en lugar de

complementar, se compite. El apóstol Pablo nos exhorta con claridad:

“No busquéis cada uno lo suyo, sino también cada uno lo de los demás.”

Filipenses 2:4

Este principio, simple y profundo, contrasta con la tendencia natural de la carne a priorizar el propio provecho, recordándonos que la unidad no es un concepto abstracto, sino una práctica diaria de consideración y entrega. El egoísmo es un enemigo silencioso pero fatal para la sinergia espiritual en la iglesia, y su gran problema es detectarlo, porque justamente el egoísta es el último en reconocerse como tal.

“No hagan nada por egoísmo o vanidad; más bien, con humildad consideren a los demás como superiores a ustedes mismos.”

Filipenses 2:3

Otro enemigo que mina la sinergia es la propagación de falsas enseñanzas y doctrinas que confunden y dividen. La iglesia, guiada por la Palabra de Dios, está llamada a discernir la verdad con sabiduría y amor. Cuando las Escrituras no son la base para juzgar y corregir, se abre la puerta a enseñanzas equívocas que, aunque presentadas con elocuencia, buscan manipular, confundir y separar.

La división se instala silenciosa, como un veneno que corroe la confianza entre hermanos, generando debates infructuosos, malentendidos y juicios erróneos. La exhortación es clara: conocer la Palabra y discernir con sabiduría, porque la verdad de Dios es el fundamento que mantiene unida a la iglesia.

Las manifestaciones externas de la desunión no se limitan a conflictos abiertos o a falsas doctrinas; también se evidencian en la ausencia de cualidades cristianas esenciales. La humildad, la mansedumbre, la paciencia y el amor fraternal son los escudos invisibles que protegen a la comunidad de la división.

“El amor es paciente, es bondadoso. El amor no es envidioso ni jactancioso ni orgulloso. No se comporta con rudeza, no es egoísta, no se enoja fácilmente, no guarda rencor.”

1 Corintios 13:4 y 5

Cuando estas virtudes faltan, los errores de los demás se vuelven intolerables, las diferencias se convierten en obstáculos insalvables y la cooperación se transforma en un campo de disputas interminables. La unidad requiere que los miembros acepten las imperfecciones de otros, soporten cargas mutuas y prioricen el propósito común de difundir el evangelio por encima de cualquier interés personal.

Es doloroso observar cómo, en ocasiones, el celo por la obra de Dios se debilita por la ausencia de estos principios.

La energía que podría invertirse en edificar, enseñar y servir se disipa en confrontaciones, en la defensa de posiciones y en la lucha por influencia.

La iglesia, que debería irradiar luz y coherencia ante el mundo, se ve empañada por disputas internas y tensiones que, aunque muchas veces no son abiertas, afectan profundamente la vida comunitaria. El llamado a la reflexión es urgente: la verdadera fortaleza de un cuerpo espiritual no está en la ausencia de problemas, sino en la capacidad de enfrentarlos con amor, paciencia y compromiso con la verdad.

Por eso, discernir, corregir y educar son responsabilidades ineludibles. Cada miembro debería examinar su participación en la comunidad preguntándose: ¿Sus acciones fomentan la unidad o la desunión? ¿Está dispuesto a reconocer su egoísmo y a renunciar a la rivalidad que divide? ¿Busca la verdad en la Palabra y la aplica con humildad, o permite que la confusión doctrinal se infiltre y genere conflictos? La respuesta a estas preguntas determina si la iglesia es un espacio de crecimiento y bendición o un terreno donde la discordia se enraíza.

La sinergia espiritual se manifiesta cuando cada acto, cada palabra y cada decisión se alinean con la voluntad de Dios, cuando los dones y talentos no son utilizados para sobresalir personalmente, sino para complementar y edificar al cuerpo.

Así, la comunidad puede avanzar unida, enfrentando desafíos y cumpliendo la misión que le ha sido encomendada. La vigilancia contra el egoísmo, la rivalidad y la confusión doctrinal no es opcional: es una obligación espiritual que protege la integridad del cuerpo de Cristo y garantiza que su testimonio ante el mundo sea sólido y coherente.

El orgullo y la confrontación son los enemigos más visibles y peligrosos de la unidad en la iglesia, porque no solo hieren la armonía de la comunidad, sino que revelan con claridad la condición del corazón humano cuando se aparta de Cristo.

La altivez, la necesidad de ser reconocidos y la tendencia a imponer la propia voluntad generan tensiones inevitables, provocan disputas y, en muchos casos, dejan cicatrices profundas en las relaciones fraternales. No se trata de simples desacuerdos; el orgullo es una raíz que corroe lentamente, debilitando el tejido espiritual que une a la comunidad.

Cuando los miembros priorizan su propio nombre por encima del de Cristo, la sinergia se disuelve. Cada acción se convierte en un intento de dominación, cada palabra en un instrumento de juicio o manipulación. La iglesia pierde su fuerza y su testimonio, y lo que debería ser un lugar de refugio, enseñanza y crecimiento espiritual se convierte en un campo de tensiones y rivalidades. La Escritura nos advierte con claridad:

***“Dios resiste a los soberbios,
y da gracia a los humildes.”***
Santiago 4:6

Solo la humildad sincera, arraigada en el temor de Dios y en el amor por los demás, puede revertir esta dinámica destructiva. La humildad es, sin dudas, la virtud fundamental que hace posible las demás virtudes, ya que permite la moderación, la paciencia, el amor al prójimo y el servicio desinteresado.

La restauración de la unidad requiere más que buena intención; exige una práctica activa del amor y la entrega desinteresada. Es necesario renunciar al ego, a la necesidad de sobresalir y a los juicios apresurados. La reconciliación no surge de debates ni de discusiones interminables, sino del reconocimiento de que cada miembro forma parte de un mismo cuerpo y que la gloria de Dios debe ser el objetivo supremo de todas las acciones.

La sinergia verdadera nace cuando el propósito común reemplaza los intereses individuales, y cuando el servicio a Cristo se convierte en la motivación central de la vida comunitaria. Hoy en día, muchos hermanos solo concurren a las reuniones con intereses personales, y es lógico que los tengan, pero no se abren a comprender las necesidades de la comunidad de fe.

El camino hacia la unidad también implica confrontar nuestras propias actitudes y corregirlas con valentía y amor.

No basta con esperar que los demás cambien; cada uno debe examinar su corazón, reconocer sus fallas y actuar con humildad.

La paciencia, la mansedumbre y la disposición para perdonar se convierten en herramientas esenciales para sostener la cohesión de la iglesia. La unidad, más que un estado, es un ejercicio constante: es la habilidad de mantener relaciones sanas aun frente a las diferencias, de priorizar el bien común aun cuando surgen conflictos, y de reflejar la luz de Cristo en cada interacción.

Finalmente, la exhortación espiritual es clara: cultivar cualidades cristianas no es opcional, sino indispensable para preservar la sinergia en la iglesia. Cada miembro debe comprometerse a servir con amor sincero, a enseñar y vivir la verdad con humildad, y a construir puentes donde otros podrían levantar muros. La comunidad que se sustenta en estas prácticas no solo sobrevive a los desafíos internos y externos, sino que se fortalece y se convierte en un testimonio vivo del Reino de Dios.

En conclusión, los enemigos de la sinergia, el pecado, el egoísmo, la rivalidad, las falsas enseñanzas, el orgullo y la confrontación, actúan como fuerzas que buscan fragmentar lo que Dios ha unido.

La respuesta no es la indiferencia ni la resignación, sino la acción decidida del corazón purificado por Cristo, dispuesto a servir, perdonar y priorizar la unidad. Solo así, la

iglesia puede reflejar con claridad la armonía de Dios, avanzar en su misión y convertirse en un cuerpo que, en su diversidad y en su entrega sincera, demuestra al mundo la belleza de la verdadera sinergia espiritual.

“... sino que, siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo, de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor.”

Efesios 4:15 y 16



Capítulo seis

LIDERAZGO EFICIENTE

“Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto; no como teniendo señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey.”

1 Pedro 5:2 y 3

El liderazgo en la Iglesia nunca ha sido un asunto secundario. Desde los días de Moisés hasta los tiempos de los apóstoles, el pueblo de Dios avanzó, retrocedió o quedó estancado según la calidad de quienes lo guiaban. Cuando los líderes fueron hombres temerosos de Dios, llenos de fe y obediencia, el pueblo prosperó espiritualmente, vivió en unidad y cumplió su misión. Pero cuando los líderes se desviaron hacia el orgullo, la competencia o el control humano, el rebaño se fragmentó y perdió dirección.

El Señor siempre ha tomado muy en serio el liderazgo de su pueblo. No es un privilegio liviano, sino una responsabilidad de gran peso, porque lo que un líder hace o deja de hacer repercute en generaciones. Por eso, hoy más

que nunca necesitamos detenernos a reflexionar sobre qué significa un liderazgo efectivo en tiempos de tanta fragmentación eclesial. Hoy parecería que cada quien lucha por lo suyo, como si la iglesia fuera una empresa personal. Sin embargo, habiendo sido pastor, tampoco cuestiono esto como si fuera un pecado intencional.

Debo decir que es muy fácil enamorarse de la obra aun sin quererlo. Cuando uno comienza a trabajar en una célula o en un grupo pequeño, y luego enseña a ese grupo, la visión comienza a expandirse. Después se alquila un salón, se compra mobiliario, equipos de sonido, instrumentos, pantallas y todo lo necesario para realizar reuniones. Sin querer o sin buscarlo, es muy fácil caer en un egoísmo posesivo.

Ningún líder o pastor cree que puede estar tomando una posición indebida con la Iglesia. Al contrario, todos los que hemos ejercido el pastorado creemos que ese amor casi posesivo tiene el sentido de protección, dedicación y amor legítimo. Sin embargo, nuestro corazón es engañoso, y he comprobado que muchos pastores llegan a un amor abusivo con la Iglesia, sin comprender que es la novia del Cordero.

Personalmente, amé la obra cuando fui pastor por más de veinte años. Ahora realizo un trabajo apostólico con decenas de familias pastorales, pero en ese entonces tuve que ser corregido por el Señor, quien me hizo ver que mi actitud y mis sentimientos estaban invadiendo sus derechos, lo cual es muy grave. Debo decir que es muy duro comprender esto,

porque nadie quiere ser un atrevido con Dios, pero la verdad es que es muy difícil detectarlo.

Cuando uno es pastor, es muy fácil amar la obra, amar a los hermanos y sentir que la congregación de uno es mucho más especial que cualquier otra. Entonces llega la sobreprotección, el sentido de pertenencia y los celos que pueden atravesar la línea de la prudencia. Sin querer, muchos pastores sufren este problema aun sin detectarlo.

Cuando esto ocurre, es muy fácil caer en la actitud defensiva de no relacionarse con otros pastores, de ver a otras congregaciones como potenciales adversarios capaces de sacarles miembros o de expandirse con mayor éxito. Esto nadie lo reconocerá fácilmente, pero es exactamente lo que ocurre. Reitero, esto no se produce premeditadamente; simplemente pasa, por eso los pastores deben tener sumo cuidado, velando siempre por todo lo que atraviesa sus corazones.

Cuando los líderes enfocan a su gente solamente en el ministerio en el que trabajan, caen en el error de distraerlos del propósito corporativo de la ciudad y del mundo. La gente pierde la identidad de cuerpo fuera de su congregación, y eso impide una sinergia general, aunque pueden cultivar el trabajo interno con efectividad.

“Porque he sido informado acerca de vosotros, hermanos míos, por los de Cloé, que hay entre vosotros contiendas. Quiero decir que cada uno de vosotros dice: Yo soy de

***Pablo; y yo de Apolos; y yo de Cefas; y yo de Cristo.
¿Acaso está dividido Cristo? ¿Fue crucificado Pablo por
vosotros? ¿O fuisteis bautizados en el nombre de Pablo?"***

1 Corintios 1:11 al 13

La Iglesia contemporánea se presenta ante el mundo como un mosaico de denominaciones, ministerios independientes, doctrinas diversas y liturgias múltiples. En sí misma, esta diversidad podría ser una expresión de la riqueza multiforme de Cristo. Sin embargo, cuando la variedad se convierte en competencia y la diferencia se transforma en enemistad, la sinergia espiritual se rompe. Entonces, lo que debería ser una sinfonía del Espíritu se convierte en un ruido discordante de voces que se contradicen.

Lamentablemente, este es el panorama que observamos con demasiada frecuencia: consejos pastorales divididos, pastores que miran a otros como rivales, congregaciones que enseñan a sus miembros a no relacionarse con hermanos de otras iglesias. Líderes que exigen unidad estricta dentro de su congregación, pero que no promueven comunión con el resto del cuerpo de Cristo.

En muchos lugares, los creyentes son instruidos a desconfiar del hermano que canta diferente o del ministerio que enseña con otro énfasis. Así, la unidad se restringe a los límites de una organización, y el cuerpo de Cristo se reduce artificialmente a una denominación o a una tradición particular. Esto es muy penoso y ocurre en la mayoría de las ciudades, aunque, gracias a Dios, también hay excepciones

valiosas de aquellos que logran entender la voluntad de Dios para la Iglesia.

Esta fragmentación no responde al modelo bíblico. El liderazgo efectivo es aquel que produce sinergia, es el de quienes entienden que el rebaño no les pertenece. Pablo fue contundente al recordar a los ancianos de Éfeso:

“Tened cuidado de vosotros y de todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto como obispos, para pastorear la Iglesia de Dios, la cual Él ganó por su propia sangre.”

Hechos 20:28

El liderazgo que olvida esta verdad usurpa lo que no le corresponde. El pueblo no es del pastor, ni del ministerio, ni de la denominación: el pueblo es de Cristo. Y si es de Cristo, la misión de todo líder es guiarlo hacia la unidad, no hacia la división.

Moisés es un ejemplo de cómo Dios forma y corrige a sus líderes. Él quiso cargar solo con el peso del pueblo y terminó agotado, hasta que su suegro Jetro le enseñó el principio de la delegación: escoger hombres capaces, temerosos de Dios, que compartieran la tarea (**Éxodo 18**). Allí se manifiesta una verdad fundamental: la efectividad en el liderazgo no consiste en controlarlo todo, sino en generar sinergia, confiar, multiplicar responsabilidades y permitir que otros participen, sin celos ni temores.

Nehemías, por su parte, encarna el liderazgo que convoca al pueblo hacia una visión compartida. Jerusalén estaba en ruinas, los muros caídos y el pueblo desanimado. Pero Nehemías supo despertar el espíritu de unidad, de tal manera que cada familia tomó un tramo del muro, y juntos reconstruyeron lo que parecía imposible. Esa es la esencia de la sinergia: cada cual trabajando desde su lugar, pero unidos bajo un mismo propósito.

El apóstol Pablo utilizó la figura del cuerpo para explicar esta misma realidad. En Cristo, cada miembro tiene un don, una función, una gracia. Ninguno puede decir al otro: **“no te necesito”** (Esto lo reitero varias ocasiones porque es sumamente importante que lo asimilemos). El liderazgo efectivo reconoce esta diversidad y la organiza en comunión, de modo que toda la Iglesia se fortalezca.

Por el contrario, cuando el liderazgo es celoso, controlador y competitivo, la diversidad se convierte en división. En lugar de unidad espiritual, se promueve aislamiento. Y lo más grave: los creyentes aprenden de sus pastores esa misma actitud. Porque el pueblo reproduce lo que el liderazgo modela. Si el pastor compite, su congregación competirá. Si el pastor desconfía, la congregación desconfiará. Pero si el pastor abre su corazón y busca la unidad, el pueblo también lo hará.

El gran déficit del liderazgo actual no es la falta de estrategias, sino la falta de temor de Dios. Hemos confundido éxito con eficacia, y eficacia con números. Sin embargo, un

ministerio puede crecer en asistencia y, al mismo tiempo, decrecer en madurez espiritual si no vive bajo la reverencia del Señor. El liderazgo efectivo no se mide por la cantidad de miembros, sino por la fidelidad al corazón de Dios.

El temor de Dios nos recuerda que seremos llamados a rendir cuentas. Cada decisión que tomamos respecto al pueblo de Dios tiene un peso eterno. Cada alma que un líder impide que se acerque a la comunión con otros será presentada un día delante del trono del Juez. Por eso, el liderazgo que verdaderamente teme a Dios no levanta muros de separación, sino que abre puertas de reconciliación.

Jesús nos dio el modelo supremo: siendo el Señor, se ciñó una toalla y lavó los pies de sus discípulos. El liderazgo del Reino es liderazgo de servicio. Y solo el liderazgo que sirve puede generar sinergia. Solo quien se humilla y reconoce la gracia de los demás puede convocar al pueblo a trabajar unido.

La historia bíblica es clara: donde hubo líderes arrogantes, el pueblo se extravió; donde hubo líderes quebrantados, el pueblo floreció. Saúl, aferrado al poder, terminó en ruina. David, aunque imperfecto, supo reconocer sus errores y humillarse, y guió al pueblo en tiempos de victoria. La diferencia no estaba en la estrategia, sino en el corazón. Y lo mismo ocurre hoy: el liderazgo que teme a Dios será un liderazgo que promueva la unidad.

La sinergia espiritual no es una idea romántica ni un invento moderno: es el modo en que Dios ha diseñado a su Iglesia. Jesús mismo no levantó un movimiento individualista, sino una comunidad de discípulos que serían enviados juntos. Los apóstoles aprendieron a trabajar en equipo, a compartir recursos, a sostenerse unos a otros en oración y a caminar bajo la dirección del Espíritu.

El liderazgo efectivo es aquel que logra que diferentes congregaciones oren juntas, que ministerios distintos celebren la victoria del otro como propia, que pastores de una ciudad se unan para interceder por su pueblo. Es el liderazgo que rompe la lógica de la competencia y abraza la lógica del Reino: todos somos parte de un mismo cuerpo, y la gloria pertenece solo a Cristo.

Un liderazgo con visión no se limita a su congregación. Mira la ciudad, la nación, el mundo. Sabe que los desafíos espirituales que enfrentamos son demasiado grandes para una sola iglesia, y que solo en sinergia veremos la plenitud del poder de Dios.

La unidad no es un adorno; es la condición para que el mundo crea. Así lo expresó Jesús en su oración: ***“para que el mundo crea que tú me enviaste”***. La credibilidad del Evangelio ante el mundo depende de la unidad visible de la Iglesia.

Por eso, el liderazgo efectivo es urgente. Porque si los líderes no cambian, el pueblo no cambiará. Si los pastores no

modelan sinergia, los creyentes seguirán encerrados en sus propios círculos. Pero si el liderazgo abraza la visión de Cristo, veremos una Iglesia renovada, abierta, unida, caminando como un solo cuerpo en medio de un mundo dividido.

Ese liderazgo efectivo no se medirá por templos más grandes, ni por programas más modernos, ni por eventos multitudinarios. Se medirá por su capacidad de producir comunión, de multiplicar esfuerzos y de generar sinergia espiritual que transforme ciudades y naciones.

El día que los líderes abracen esta verdad, ese día veremos un despertar. Ese día la Iglesia será verdaderamente sal de la tierra y luz del mundo. Ese día Cristo será exaltado como Cabeza de un cuerpo vivo, unido y victorioso.

“Entonces Jesús, llamándolos, dijo: Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad. Mas entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo; como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos.”

Mateo 20:25 al 28

El llamado, entonces, es claro: necesitamos un liderazgo efectivo, un liderazgo con temor de Dios, un liderazgo que abra caminos de sinergia, que organice la

diversidad, que venza la competencia, que modele humildad y que viva en unidad. El liderazgo que no se atreva a cambiar perpetuará la división. Pero el liderazgo que abrace la voluntad del Señor verá cumplida la oración de Jesús: que seamos uno, para que el mundo crea.

El futuro de la Iglesia no depende de estrategias humanas, sino de un liderazgo quebrantado delante de Dios, que viva en comunión con otros, que no busque su gloria personal, sino la gloria de Cristo. Solo así veremos el poder multiplicador de la sinergia espiritual, y solo así podremos testificar al mundo de manera efectiva, demostrando que para nosotros Jesús es verdaderamente el Señor.

“Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad.”

2 Timoteo 2:15



Capítulo siete

HERRAMIENTAS PARA LA SINERGIA FINAL

“Y la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común.”

Hechos 4:32

La Iglesia del Señor Jesucristo nunca fue pensada como un grupo de individuos aislados, ni como un conjunto de voces dispersas que buscan su propio interés, sino como un cuerpo vivo, orgánico y espiritual, cuya unidad proviene de la comunión con Cristo y de la acción transformadora del Espíritu Santo.

Cuando la Escritura nos muestra a los primeros creyentes perseverando unánimes en oración (**Hechos 1:14**), no está relatando un detalle secundario, sino revelando el secreto del poder y la eficacia de la comunidad cristiana naciente. En esa atmósfera de oración unánime, en ese clamor que subía como un solo incienso delante del trono de Dios, se gestaba la mayor manifestación del Espíritu en la historia de la Iglesia: “Pentecostés”.

No fue casual que el Espíritu descendiera sobre una comunidad reunida y no sobre individuos dispersos. El soplo divino eligió como morada a un cuerpo expectante, a corazones alineados en un mismo propósito, a discípulos que, a pesar de sus diferencias y fragilidades humanas, estaban juntos y unánimes, aguardando la promesa del Padre.

Aquí encontramos la primera gran herramienta para cultivar sinergia espiritual hoy: “la oración unánime”. Ella no es simplemente un ejercicio devocional compartido, sino la encarnación de un principio espiritual: el clamor de muchos se convierte en la voz de uno solo, y esa voz unificada atraviesa los cielos con un poder que ninguna oración aislada podría alcanzar.

La sinergia en la oración no anula la individualidad, sino que la consagra. Cada discípulo aporta su voz, su fe, su necesidad y su adoración, pero al elevarlas juntas, todas son absorbidas en el gran río del Espíritu que fluye como una sola corriente.

La oración unánime enseña a la Iglesia de hoy que no basta con que cada creyente ore en privado, aunque ello es indispensable, sino que hay un poder inigualable cuando la comunidad ora como un solo ser. Es allí donde el Espíritu rompe cadenas, derriba murallas y abre puertas que permanecían cerradas.

Pero la sinergia espiritual no se sostiene únicamente en la oración, sino que se extiende a la vida diaria de la

comunidad mediante el servicio mutuo en amor. **“Servíos por amor los unos a los otros” (Gálatas 5:13)**, es más que una exhortación ética; es la manera en que el Cuerpo de Cristo se mantiene saludable y en movimiento. En el servicio mutuo, la Iglesia deja de ser un espacio de espectadores para convertirse en un taller de amor activo.

Cada acto de servicio, desde lo más visible hasta lo más oculto, contribuye a la edificación común. El hermano que ayuda al débil, la hermana que intercede en silencio, el anciano que aconseja con sabiduría, el joven que extiende su mano para sostener al cansado... todos, en la diversidad de sus dones y en la humildad de su entrega, tejen la red invisible de la sinergia espiritual.

El amor es el combustible de ese servicio. Sin amor, el servicio se convierte en carga, rutina o protagonismo vacío. Pero cuando se sirve en amor, el Espíritu multiplica la fuerza, y lo que uno hace por el otro repercute en todo el cuerpo. El servicio mutuo en amor es la pedagogía del Reino: enseña a los creyentes a mirar más allá de sí mismos, a reconocer la imagen de Cristo en el hermano, y a descubrir que la grandeza en el Reino no se mide por la autoridad que se ejerce, sino por la disposición para lavar los pies de los demás.

El Señor Jesús lo modeló con claridad en la última cena, cuando se ciñó la toalla y lavó los pies de sus discípulos (**Juan 13:1 al 17**). Allí nos dejó la lección más radical de la sinergia espiritual: el líder que sirve y el discípulo que recibe

se encuentran en un mismo nivel de gracia. Nadie está por encima de otro, y todos son sostenidos por el mismo amor que fluye del Maestro. Este es el servicio que edifica y que prepara a la Iglesia para la misión.

Ahora bien, si la oración unánime y el servicio mutuo son pilares, la sumisión y el respeto en el liderazgo constituyen la columna que mantiene firme el edificio espiritual. ***“Obedeced a vuestros pastores y sujetaos a ellos; porque ellos velan por vuestras almas como quienes han de dar cuenta” (Hebreos 13:17).*** La sinergia espiritual se debilita cuando la desobediencia, la crítica destructiva o la independencia orgullosa ocupan lugar en la comunidad. La sumisión, lejos de ser esclavitud, es la expresión más noble de confianza en el Dios que pone y sostiene autoridades espirituales.

En una época marcada por la sospecha hacia toda figura de liderazgo, la Iglesia debe redescubrir el valor de la obediencia y el respeto. No se trata de una obediencia ciega, ni de una sumisión sin discernimiento, sino de una disposición humilde a reconocer que el liderazgo bíblico es un don de Cristo para la Iglesia, y que el pastor, los ancianos y los líderes espirituales no son dueños del rebaño, sino siervos que velan por las almas.

La verdadera sinergia espiritual florece allí donde el liderazgo se ejerce en amor y el pueblo responde con confianza, donde la autoridad no oprime y la obediencia no esclaviza, sino que ambas se encuentran en la cruz de Cristo,

donde el que manda lo hace sirviendo y el que obedece lo hace con gozo.

Por su parte, la adoración congregacional se revela como una de las fuerzas unificadoras más potentes en la vida de la Iglesia. Cuando el pueblo de Dios se reúne y levanta una sola voz para exaltar al Señor, se produce un fenómeno espiritual profundo: las diferencias se disuelven, los corazones se alinean y la presencia del Espíritu desciende con poder.

La adoración congregacional no es un espectáculo musical, ni una simple manifestación de emociones colectivas; es la proclamación visible de que Cristo reina en medio de Su pueblo. Allí, en ese coro unificado, la Iglesia anticipa la adoración celestial descrita en Apocalipsis, donde multitudes incontables de toda nación y lengua claman al Cordero con una sola voz.

La adoración congregacional nos recuerda que la sinergia espiritual no se limita a actividades prácticas, sino que tiene su raíz en el misterio de la presencia de Dios en medio de Su pueblo. Cuando la Iglesia adora unida, se fortalece, se sana y se proyecta hacia la misión. Porque el mismo fuego que enciende el corazón en adoración envía luego los pies a anunciar el Evangelio.

La sinergia espiritual no es un concepto abstracto ni un ideal inalcanzable; es una estrategia divina para la misión de la Iglesia en el mundo. Desde los comienzos del ministerio

terrenal de Jesús, vemos cómo el Maestro y Señor, eligió no enviar a sus discípulos solos, sino de dos en dos (**Marcos 6:7**). En ese gesto hay un principio celestial: el Evangelio no se extiende mediante esfuerzos individuales aislados, sino a través de la complementariedad, la compañía y la fuerza que surge de la comunión.

Al enviar de dos en dos, Jesús protegía a sus discípulos de la soledad, de la vulnerabilidad frente a la tentación y de la arrogancia de pensar que podían hacerlo todo con sus propias fuerzas. En pareja, cada uno podía sostener al otro en momentos de debilidad, confirmar el testimonio mutuo y reflejar, en pequeña escala, la verdad más grande: que el Evangelio es una obra comunitaria, no individual. Así, la misión no era el escenario de la competencia, sino del compañerismo; no era el espacio del protagonismo personal, sino de la fidelidad compartida.

Este principio se amplía de manera evidente en el libro de los Hechos. Allí, la Iglesia primitiva nos ofrece un retrato vivo de la sinergia en acción. No encontramos héroes solitarios, sino equipos ministeriales que, movidos por el Espíritu, extendieron el Reino hasta los confines de la tierra conocida.

Pablo y Bernabé fueron enviados juntos desde Antioquía, con la imposición de manos de la Iglesia, como un testimonio de que la misión es siempre comunitaria. Más adelante, Pablo y Silas recorrieron ciudades fortaleciendo a los discípulos y plantando nuevas comunidades, soportando

juntos las persecuciones y compartiendo las cadenas de la cárcel, pero también los himnos en la medianoche que abrieron las puertas para la liberación.

Priscila y Aquila, aquel matrimonio valiente y hospitalario, representan otra dimensión de la sinergia: la misión que se encarna en la vida cotidiana, en la casa abierta, en la enseñanza compartida, en el discipulado práctico que toma la vida entera como campo de testimonio.

Ellos no solo acompañaron a Pablo, sino que también formaron a Apolos, mostrándole más exactamente el camino del Señor. Aquí vemos que la sinergia no se limita a los grandes viajes misioneros ni a los púlpitos, sino que se extiende a las mesas de las casas, donde la vida y la fe se entrelazan en un tejido de relaciones que dan fruto para el Reino.

En todos estos ejemplos palpita una misma realidad: la sinergia es la estrategia del Espíritu para alcanzar al mundo. No es simplemente que trabajar juntos sea más práctico o eficiente, sino que el Espíritu de Dios se complace en manifestar Su poder en medio de la comunión de los santos.

El mismo Señor resucitado prometió: ***“Donde dos o tres se reúnen en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”*** (Mateo 18:20). Esa promesa convierte toda reunión, toda misión compartida, en un espacio de presencia divina. El Espíritu multiplica lo que la carne dividiría, y lo que parece débil a los ojos del mundo, dos hombres sin recursos, un

matrimonio desconocido, un pequeño grupo orando, se convierte en dinamita celestial para derribar fortalezas y abrir camino al Evangelio.

Es necesario subrayar que la sinergia espiritual no es simplemente trabajar juntos. El mundo conoce la cooperación, la asociación y las alianzas estratégicas. Las empresas, las naciones y los movimientos sociales han descubierto el valor de unir fuerzas para alcanzar objetivos. Pero la sinergia espiritual va más allá: es trabajar juntos en Cristo y por el poder del Espíritu Santo. No se trata de sumar talentos humanos, sino de rendirlos al Espíritu para que Él los unifique y los potencie.

Allí radica la diferencia esencial. Un equipo de la Iglesia no es un grupo de voluntarios bien organizados, sino un cuerpo que se mueve bajo la dirección de la Cabeza, que es Cristo. Cuando la Iglesia confunde la sinergia espiritual con la mera eficiencia organizativa, corre el riesgo de funcionar como una empresa más, logrando resultados externos pero perdiendo la sustancia del Reino.

Por el contrario, cuando reconoce que el poder está en el Espíritu, entonces cada ministerio, cada célula, cada misión, se convierte en un canal de gracia que desborda más allá de lo que los planes humanos podrían alcanzar. Siempre lo he dicho: hay demasiados líderes utilizando libros de liderazgo empresarial para la administración de la Iglesia y sus sistemas de trabajo. Esto no debería ser así. La Iglesia no es una empresa terrenal; es un diseño espiritual y divino.

La sinergia espiritual tiene también un poder de testimonio. En un mundo fragmentado, polarizado y marcado por divisiones, la Iglesia está llamada a ser el signo visible de una unidad que trasciende culturas, edades y condiciones sociales. Cuando el mundo ve a creyentes diferentes trabajando juntos en Cristo, descubre una realidad que no pueden explicar, sino como la mano de Dios moviéndose a través de Su pueblo.

El amor que une a los hermanos, la paciencia que soporta las diferencias, el perdón que restaura las ofensas: todo ello grita al mundo que el Evangelio es real, que Cristo vive en medio de su pueblo y que el Reino de Dios no es teoría, sino vida encarnada en una comunidad muy especial y diferente.

El desafío para la Iglesia de hoy es enorme. Estamos rodeados de tentaciones hacia la fragmentación, el individualismo y la competencia interna. Cada denominación, cada ministerio e incluso cada creyente puede caer en la trampa de construir su propio espacio, defender su territorio o buscar su propio reconocimiento. Pero el llamado del Espíritu sigue siendo el mismo: dejar de lado la fragmentación y levantar una voz, un corazón y una misión en común. Si el mundo necesita desesperadamente una señal de esperanza, esa señal no vendrá de discursos grandilocuentes, sino de una Iglesia que vive y trabaja en sinergia espiritual.

El poder de la misión no está en la sofisticación de las estrategias ni en la abundancia de recursos, sino en la unidad del Espíritu. Donde hay un pueblo que ora junto, sirve junto, se somete en amor, adora como uno solo y se lanza a la misión en equipo, allí se abre el cielo y el Reino se hace presente con autoridad. Esa es la Iglesia que el mundo necesita hoy: no un conjunto de islas dispersas, sino un cuerpo en movimiento, unido en Cristo y encendido por el fuego del Espíritu Santo.

La sinergia espiritual, como hemos visto, no es una opción secundaria ni un recurso ocasional; es la manera en que Dios ha decidido manifestar Su poder en medio de Su pueblo. La unidad visible de la Iglesia es la evidencia palpable de la verdad del Evangelio. Allí donde los hijos de Dios permanecen divididos, el testimonio pierde fuerza; pero donde la Iglesia se une en oración, servicio, sumisión, adoración y misión compartida, el mundo ve a Cristo reflejado con claridad.

Hoy vivimos tiempos de fragmentación en las naciones, en la sociedad y también en la Iglesia. El espíritu de este siglo empuja a los hombres hacia el individualismo, a levantar muros de orgullo y a defender intereses particulares por encima del bien común. La Iglesia no debería ser parte de esa fragmentación, pero ese mismo espíritu se filtra muchas veces, generando divisiones, rivalidades y desconfianza.

Nos hemos acostumbrado a vivir fragmentados, como si la diversidad fuese excusa para la desunión, olvidando que el Espíritu Santo nunca se contradice y que la verdadera diversidad se convierte en riqueza cuando se rinde a los pies de Cristo. La sinergia espiritual es, en este contexto, una voz profética que nos recuerda que no fuimos llamados a caminar solos ni a construir proyectos personales, sino a vivir y servir en comunión.

No podemos conformarnos con una fe individualista que reduce la vida cristiana a la relación privada con Dios, desconectada del cuerpo. Esa espiritualidad solitaria es ajena al Evangelio, porque el Dios al que adoramos es trino: Padre, Hijo y Espíritu, un Dios en eterna comunión.

Si fuimos creados a Su imagen, estamos destinados a vivir en relación, en colaboración y en unidad. Por eso, la sinergia espiritual no es una mera metodología, sino un reflejo de la misma vida divina en nosotros. La Iglesia que cultiva sinergia espiritual hoy está participando del misterio eterno de la comunión trinitaria.

Necesitamos redescubrir la belleza del servicio mutuo en amor, donde nadie busca lo suyo, sino lo de los demás. Necesitamos líderes que pastoreen en humildad y congregaciones que aprendan a respetar y obedecer en confianza.

Necesitamos adoraciones y oraciones congregacionales que sean ríos de unidad, donde las voces no

se distingan por su fuerza individual, sino por el coro celestial que forman juntas. Y necesitamos, sobre todo, una misión vivida en sinergia, donde los ministerios, iglesias y creyentes no compitan entre sí, sino que se reconozcan como compañeros en la misma carrera, soldados del mismo ejército y obreros en la misma mies.

El mundo no será alcanzado por un cristianismo fragmentado. No bastará con programas sofisticados ni con estructuras imponentes si el corazón de la Iglesia permanece dividido. La estrategia del Espíritu para nuestro tiempo sigue siendo la misma que en Pentecostés y en los días del libro de los Hechos: un pueblo unido, rendido, lleno del Espíritu y lanzado a la misión como un solo cuerpo.

Ese pueblo, aunque pequeño o débil a los ojos del mundo, es capaz de sacudir naciones, abrir puertas cerradas, derribar fortalezas espirituales y hacer temblar al infierno, porque en su unidad palpita el mismo poder que levantó a Cristo de los muertos.

La exhortación hoy es clara: “abandonemos la fragmentación”. Dejemos de lado las agendas personales y las disputas secundarias. Recordemos que el enemigo de nuestras almas sabe que una Iglesia unida es incontenible, y por eso su mayor estrategia es sembrar discordia, orgullo y división.

Resistamos sus artimañas buscando intencionalmente la unidad, cultivando la sinergia espiritual con todas nuestras

fuerzas. No es una tarea automática ni fácil: requiere humildad, paciencia, perdón y renuncia. Pero allí donde la Iglesia decide caminar este camino, Dios promete derramar Su bendición y la vida eterna (**Salmo 133**).

El llamado es urgente. No se trata de un ideal lejano, sino de una necesidad presente. La Iglesia de Cristo en el siglo XXI debe ser un faro de sinergia espiritual en medio de un mar de desunión. Debe ser una casa donde se respira oración unánime, donde el servicio en amor es el idioma común, donde la autoridad se vive en humildad, donde la adoración congregacional es anticipo del cielo y donde la misión se cumple hombro a hombro, como un ejército en marcha.

Queridos hermanos, este es nuestro tiempo. No podemos delegar en las generaciones futuras lo que nos corresponde a nosotros hoy. La voz del Espíritu nos llama a unirnos en Cristo, a derribar los muros, a abrazar al hermano, a reconocer que nuestra fuerza no está en el número, ni en los recursos, ni en la estrategia, sino en la sinergia espiritual que fluye cuando caminamos en el Espíritu como un solo cuerpo. El mundo espera ver a Cristo, y lo verá cuando nos vea a nosotros vivir como su Iglesia, unida en amor, unida en misión, unida en el poder del Espíritu Santo.

Que la oración que resonó en el aposento alto vuelva a ser nuestra oración: *“Señor, haznos uno, como Tú y el Padre sois uno, para que el mundo crea...”* Y que nuestra generación sea testigo de una nueva visitación del Espíritu

que, al igual que en Pentecostés, haga de la Iglesia una sola voz, un solo corazón y una sola misión. Esa es la sinergia espiritual que hoy estamos llamados a cultivar.

“De manera que si un miembro padece, todos los miembros se duelen con él, y si un miembro recibe honra, todos los miembros con él se gozan.”

1 Corintios 12:26



EPÍLOGO

*“Y la multitud de los que habían creído era de un corazón
y un alma.”*
Hechos 4:32

Cuando un libro se cierra, no debería cerrarse una historia, sino inaugurarse un camino. Todo lo que hemos leído hasta aquí no pretende ser un punto final, sino un umbral. Del otro lado no hay teorías, sino rostros; no hay conceptos, sino hermanos; no hay conclusiones, sino llamados.

La sinergia espiritual, este hilo que hemos seguido desde la Palabra y la vida de la Iglesia, no es una idea brillante para tiempos difíciles, ni una estrategia ingeniosa para mejorar resultados: es la forma misma en que Dios decidió habitar entre nosotros. Dios es comunión y, por eso, Su pueblo está llamado a vivir en comunión. Esta es la primera y la última página de nuestra fe.

La historia del Reino en la tierra se mueve como un río alimentado por muchos afluentes. Ninguno de ellos es dueño del cauce, pero todos empujan en una misma dirección. Así avanza la Iglesia cuando cada don encuentra su lugar, cuando cada voz aprende a escuchar, cuando cada herida se deja sanar en el abrazo de la comunión.

La sinergia espiritual no suma voluntades; las consagra. No agrega fuerzas; las alinea bajo una misma Cabeza. No uniforma la diversidad; la ordena en amor, como un coro donde cada timbre aporta su belleza sin competir con el resto. **“Para que todos sean uno”**, rogó Jesús al Padre (**Juan 17:21**). Esa oración no caducó: arde todavía sobre nuestras congregaciones y se vuelve un imperativo de esperanza para nuestro tiempo.

Mirando atrás, a cada capítulo de esta obra, descubrimos el trazo de una pedagogía divina. Aprendimos que existe una sinergia humana, natural, que la creación misma nos sugiere: la cooperación, la complementariedad, el esfuerzo convergente. Pero contemplamos, sobre todo, la sinergia divina: la que brota de la vida trinitaria y se encarna en la Iglesia.

Vimos a la Trinidad operando en la historia: el Padre que envía, el Hijo que obedece y se entrega, el Espíritu que vivifica y une. Esta es la matriz de toda auténtica sinergia espiritual. No se trata de organizarnos mejor, sino de rendirnos más. No consiste en perfeccionar métodos, sino en alojar la presencia. El Reino no avanza por la sofisticación de nuestras estructuras, sino por la obediencia compartida a la voz del Espíritu.

También miramos de frente a los enemigos de esta sinergia: el orgullo que se esconde detrás de discursos piadosos, la sospecha que marchita la confianza, la prisa que atropella la escucha, las heridas no sanadas que se convierten

en trincheras, el afán de control que ahoga la libertad del Espíritu.

No los negamos; los confesamos. Porque no hay unidad posible sin verdad, y no hay comunión perdurable sin arrepentimiento. La buena noticia es que la gracia de Dios no solo perdona, sino que reordena; no solo reconcilia, sino que vuelve a soldar lo quebrado con un amor más fuerte que nuestras fracturas.

En el aposento alto, la Iglesia aprendió su primera lección: perseverar unánimes en oración (**Hechos 1:14**). Allí el Espíritu formó un “nosotros” que no pretende anular el “yo”, sino elevarlo a su vocación más alta: ser miembro vivo de un cuerpo.

Después de orar, sirvieron; y sirviendo, aprendieron a someterse; y sometándose, descubrieron la adoración no como un segmento del culto, sino como el latido continuo de una comunidad puesta en las manos de Dios. Oración, servicio, sumisión y adoración: cuatro pulsos de un mismo corazón. Cuando laten juntos, la Iglesia respira Reino.

La misión creció desde ese latido. No fue la genialidad de unos pocos, sino la obediencia de muchos. El Señor envió de dos en dos (**Marcos 6:7**), y la historia confirmó la sabiduría de esa decisión: Pablo y Bernabé, Pablo y Silas, Priscila y Aquila, Pedro y Marcos, Pablo, Silvano y Timoteo... nombres que funcionaron como equipos en diferentes misiones y que más allá de las capacidades de cada

uno, reconocieron la necesidad del otro para realizar un trabajo efectivo.

Dios parece deleitarse en escribir capítulos decisivos con plumas que se usan de a pares. Donde uno desfallece, el otro sostiene; donde uno habla, el otro intercede; donde uno mira lejos, el otro cuida de cerca. Así, el Evangelio se hizo casa abierta, mesa compartida, camino recorrido hombro a hombro. La sinergia no fue un recurso ocasional: fue el modo ordinario de la obra extraordinaria del Espíritu.

Este libro no pide a la Iglesia que imite la primavera de sus primeros días como quien copia una postal antigua. Nos invita, más bien, a escuchar otra vez la voz que encendió aquella primavera. Hoy, como ayer, somos tentados a la fragmentación. Multiplicamos esfuerzos, pero dividimos corazones. Celebramos logros, pero a veces levantamos murallas.

Nos encontramos en grandes eventos, pero evitamos los encuentros profundos. Y, sin embargo, todo está listo para una nueva estación de unidad: hay anhelo, hay sed, hay promesa. Falta el gesto sencillo que lo desata todo: “rendirnos juntos”. Allí comienza la sinergia espiritual.

Rendirnos juntos significa, en términos concretos, reeducar nuestros hábitos eclesiales. Volver a la oración unánime, no como programa, sino como hábito de respiro. Abrir espacios donde la intercesión se vuelva casa y escuela, hospital y taller. Servirnos “*por amor*” (Gálatas 5:13), sin el

brillo de lo espectacular, pero con la persistencia del que lava pies sin cámaras ni aplausos.

Honar a quienes velan por nuestras almas (**Hebreos 13:17**), con una obediencia que nace de la confianza, y una confianza que se alimenta de la transparencia. Adorar congregacionalmente, no para sentir más, sino para rendirnos más; no para consumir canciones, sino para coronar a Cristo en medio de su pueblo.

Quizás el mayor desafío sea la humildad. La humildad es el idioma de la sinergia. Sin ella, toda organización se vuelve frágil, toda estrategia, ruidosa. La humildad no es pensar menos de uno mismo; es pensar menos en uno mismo. Permite ceder el paso, preferir al hermano, alegrarse con su fruto, corregir sin humillar, recibir corrección sin ofenderse. Donde hay humildad, el Espíritu encuentra caminos; donde hay orgullo, solo halla impedimentos. El liderazgo se vuelve entonces pastoreo y no poder; la obediencia, confianza y no sometimiento ciego; la diversidad, riqueza y no amenaza.

El Señor está buscando comunidades que se atrevan a firmar un pacto de sinergia espiritual: no con tinta sobre papel, sino con gestos cotidianos. Un pacto de oración compartida: antes de decidir, oramos; después de decidir, seguimos orando; al fallar, oramos más; al acertar, oramos para no gloriarnos. Un pacto de servicio mutuo: si alguien cae, dos lo levantan; si alguien llega a la meta, dos lo celebran; si alguien se queda sin fuerzas, nadie lo deja atrás.

Un pacto de respeto y sumisión: liderazgos que se arrodillan para escuchar a Dios y al pueblo; congregaciones que honran a sus líderes, orando por ellos, cuidando sus cargas y confrontándolos en amor cuando es necesario. Un pacto de adoración congregacional: que nuestros cultos sean fogones donde se aviva el fuego, no vitrinas donde se exhiben talentos.

La sinergia espiritual no niega el conflicto; lo redime. No desconoce el dolor; lo habita con esperanza. No evita las decisiones difíciles; las toma de rodillas. La unidad que buscamos no es uniformidad, y la paz que anhelamos no es silencio ante la injusticia.

El Espíritu que nos une es el mismo que nos impulsa a profetizar contra todo lo que corrompe el cuerpo: abusos de poder, manipulación, favoritismos, indiferencia hacia los pobres, superficialidad litúrgica, activismo sin contemplación. La sinergia espiritual es vigor misionero, pero también es ética del Reino: justicia, misericordia y verdad abrazadas en la comunidad.

Si afinamos el oído, escucharemos una música que viene de lejos y de adelante. Viene de la nube de testigos que nos precedió, de iglesias escondidas que oraron juntas en catacumbas y casas pequeñas, de matrimonios que hospedaron la misión en su mesa, de jóvenes que cantaron a medianoche en cárceles húmedas.

Pero también viene del futuro: de la multitud que nadie puede contar, de toda nación, tribu, pueblo y lengua, clamando al Cordero como un solo coro (**Apocalipsis 7:9 y 10**). La adoración final ya está escrita, y sin embargo nos necesita: se adelanta en nuestras asambleas, tantea sus notas en nuestros ensayos, aprende su respiración en nuestros silencios compartidos. Cada vez que la Iglesia se une, ese futuro se asoma.

He aquí, entonces, una invitación y una promesa. La invitación: “dejar los muros”. No los de las doctrinas verdaderas, que nos guardan, sino los del orgullo, que nos empequeñecen. La promesa: donde hermanos habitan juntos en armonía, allí envía el Señor bendición y vida eterna (**Salmo 133**).

No hay mejor estrategia para nuestro siglo que tomar en serio esta antigua promesa. No hay recurso más contemporáneo que un pueblo unido en el Espíritu, capaz de llorar con el que llora y de gozar con el que se goza, de repartir el pan y de compartir la carga, de discernir juntos y de lanzarse juntos a la misión.

Que la gracia del Padre que nos adopta, el amor del Hijo que nos reúne en su cruz, y la comunión del Espíritu Santo que nos hace uno, reposen sobre la Iglesia y la empujen a vivir lo que proclama. Que nuestras ciudades sepan que Cristo vive porque la Iglesia vive como cuerpo. Que nuestros altares se conviertan en mesas, nuestras mesas en puertas

abiertas, y nuestras puertas en caminos que conducen a los que todavía esperan.

Si este libro ha servido para algo, que sea para llevarnos de la biblioteca al altar, del altar a la mesa y de la mesa al camino. Allí nos veremos: en la misión del día a día, en los cantos de domingo y en los silencios de madrugada, en las manos que levantan a los caídos y en los brazos que abrazan sin prisa. Allí, donde la sinergia espiritual deja de ser palabra y se vuelve vida. Y cuando nos falten palabras, que baste una sola: “Juntos”.

“Amaos los unos a los otros con amor fraternal; en cuanto a honra, prefiriéndoos los unos a los otros.”

Romanos 12:10



Oración final:

“Señor Jesús, Pastor y Cabeza de la Iglesia, aquí estamos, muchos y uno a la vez. Danos la valentía de desarmar la desconfianza, de rendir nuestras agendas, de pedir perdón donde hemos herido y de perdonar donde hemos sido heridos...

Enséñanos a orar hasta respirar al mismo ritmo, a servir sin fatiga porque nos sostienes, a someternos sin temor porque Tú gobiernas, a adorarte sin distracciones porque Tú presencia lo llena todo...

Haz de nosotros un cuerpo dócil a Tu Espíritu: flexible para moverse, fuerte para resistir, sensible para consolar, audaz para anunciar...

Renueva a los pastores, levanta a los cansados, enciende a los tímidos, aquieta a los impulsivos, reconcilia a los distantes. Y envíanos, Señor, de dos en dos, de equipo en equipo, de iglesia en iglesia, como una sola misión que brota de un solo corazón...

Amén.”

Reconocimientos

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal www.osvaldorebolleda.com y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Maestro de la Palabra

Oswaldo Rebolleda

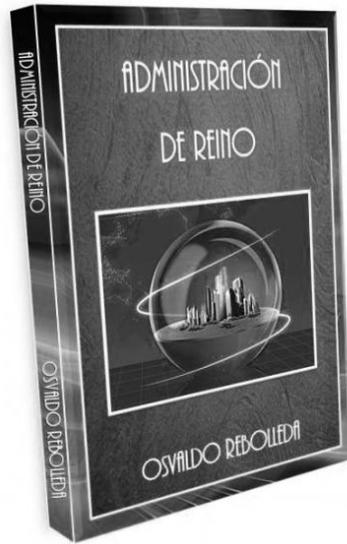
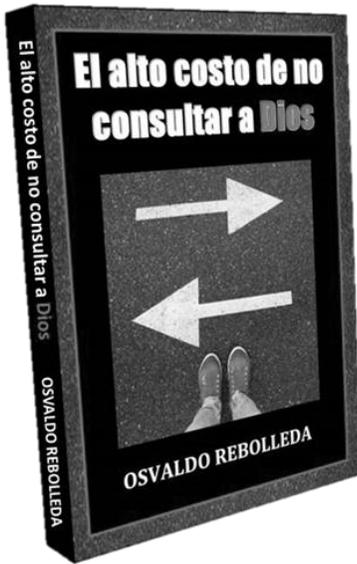


El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

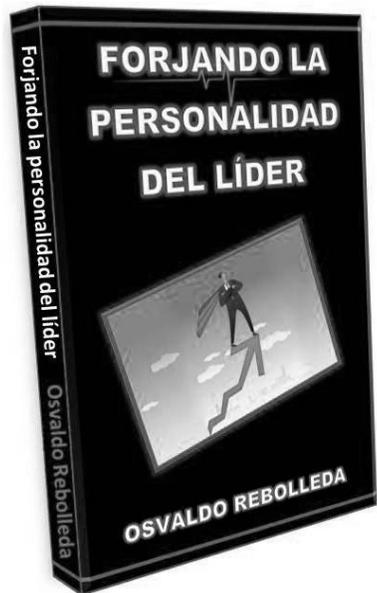
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un **Doctorado Honoris Causa en Divinidades de La Universidad teológica de Estados Unidos.** Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina Y hasta lo último de la tierra.

rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com



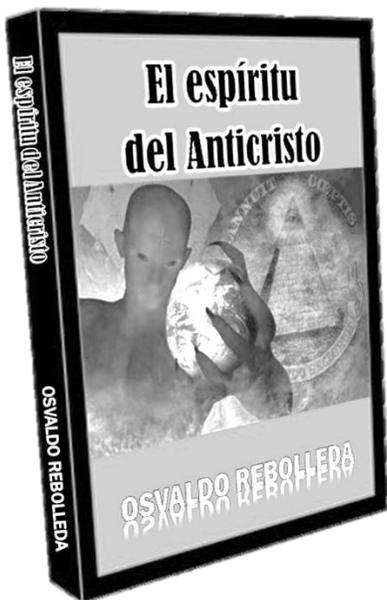
www.osvaldorebolleda.com



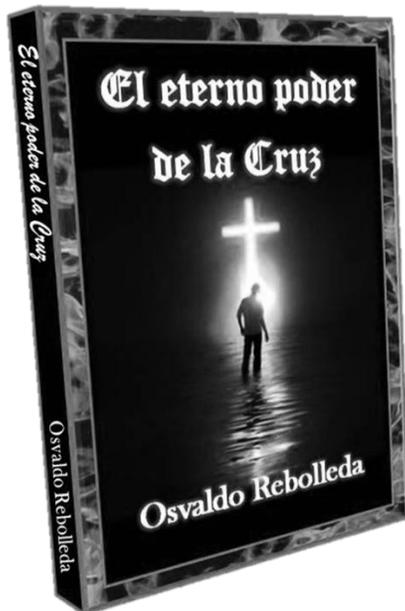
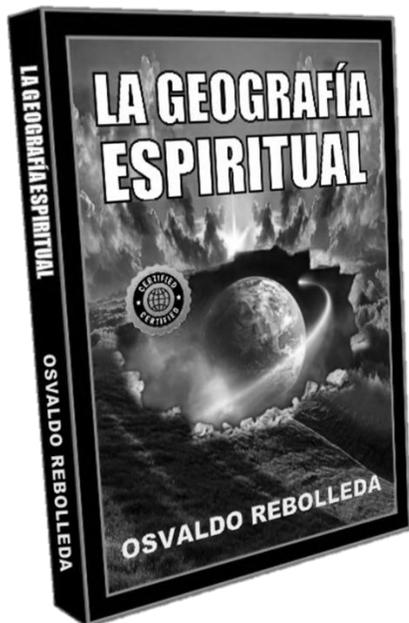


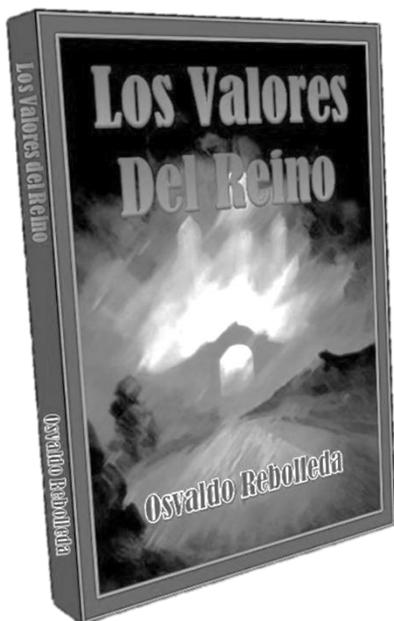
www.osvaldorebolledo.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com

